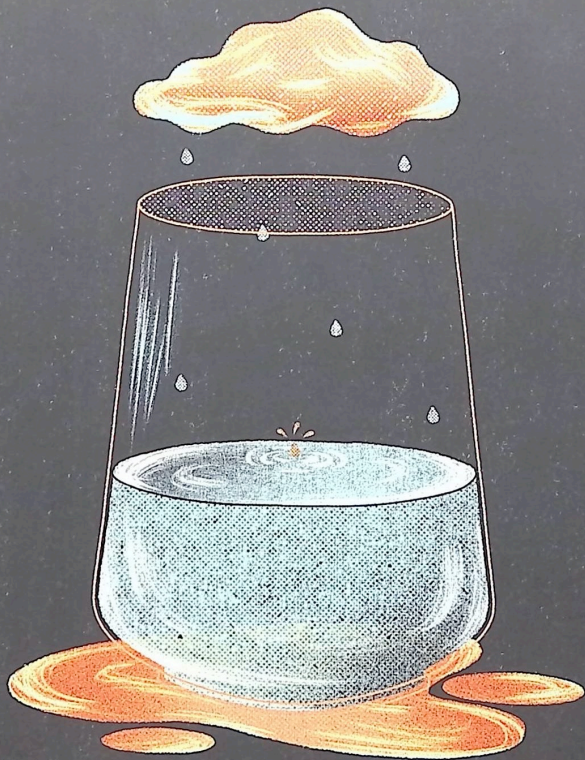


# LA PÉRDIDA DE VOLUNTAD EN EL AGUA

ALAN VALDEZ



 TIERRA DENTRO



# LA PÉRDIDA DE VOLUNTAD EN EL AGUA

# LA PÉRDIDA DE VOLUNTAD EN EL AGUA

ALAN VALDEZ

Primera edición, 2021

---

Valdez, Alan

La pérdida de voluntad en el agua / Alan Valdez. — México : FCE, 2021

78 p. ; 19 x 11 cm — (Colec. Tierra Adentro)

ISBN 978-607-16-7341-1

1. Poesía mexicana 2. Literatura mexicana – Siglo XXI I. Ser. II. t.

LC PQ7297

Dewey M861 V125p

---

Este libro fue ganador del Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2020, convocado por la Secretaría de Cultura, a través del Programa Cultural Tierra Adentro; la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco y el H. Ayuntamiento Constitucional de Cocula, Jalisco. El jurado estuvo integrado por Claudia Hernández de Valle-Arizpe, Margarito Cuéllar y Mario Heredia Cubillas.

*Distribución mundial*

© 2021, Alan Paul Javier Valdez

D. R. © 2021, Secretaría de Cultura  
Dirección General de Publicaciones  
(Programa Cultural Tierra Adentro)  
Av. Paseo de la Reforma, 175, Col. Cuauhtémoc;  
06500 Ciudad de México

D. R. © 2021, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)  
Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5227-4672

Ilustración de portada: © Mariana González Ortiz

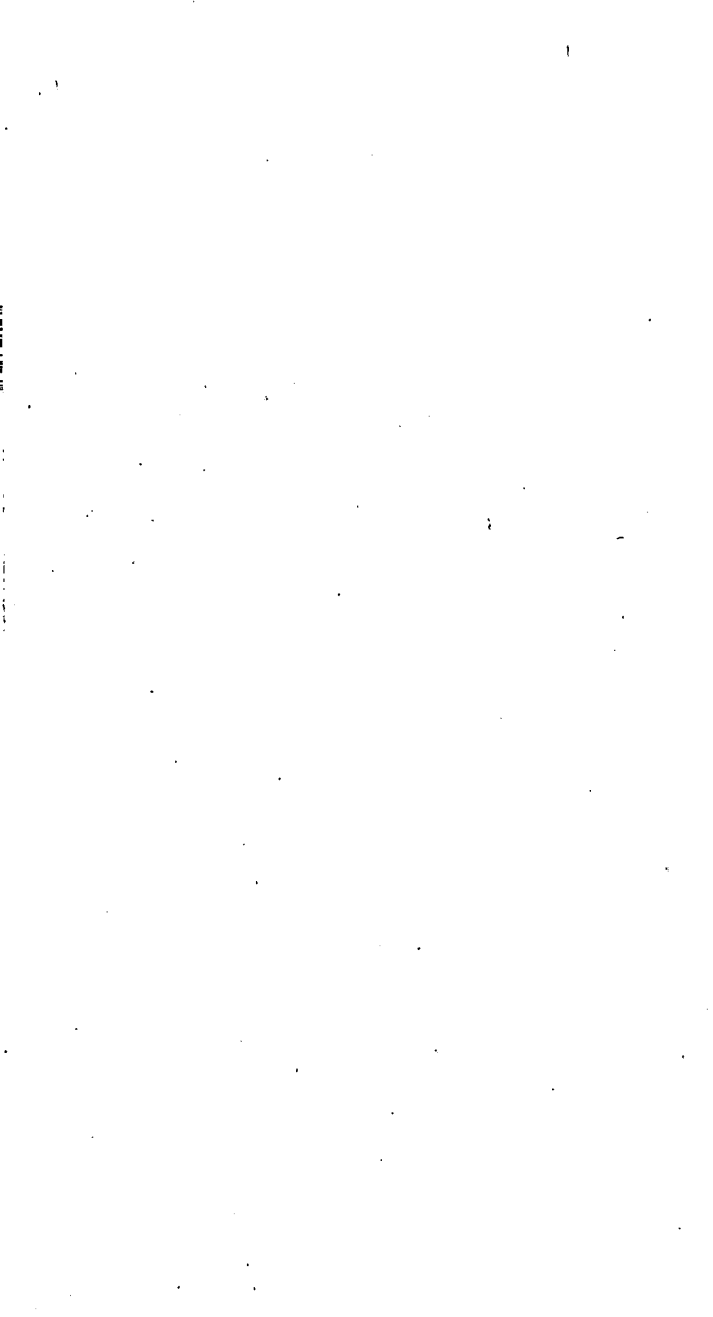
ISBN 978-607-16-7341-1

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Impreso en México • *Printed in Mexico*

*And I have a sister, somewhere in Detroit.  
She has black hair and small hands.*

SUFJAN STEVENS



Siempre a esta hora que salgo a quitar la nieve, hay un momento (ese momento de indecisión donde no es de día ni de noche, y que apenas dura unos minutos), en que la luz se desprende y se repite en las superficies con la misma paciencia con que se filtra el agua por una pared.

Era mitad de julio y la lluvia atravesaba las paredes de tu casa.

Esta mañana es tan abundante la forma en que la luz se reproduce en las superficies invadidas por lo blanco, que asumí la claridad como el único paraíso posible al poner la nieve entre mis palmas.

Entonces tuvimos que quitar el cuadro de la Virgen y las otras fotos. El agua detuvo su necesidad de filtrarse una semana después, y los muros, al menos por esos días, fueron muros ciegos.

A veces la nieve es horizonte, y no hay nada más que decir sobre ella. Pero hoy parece una cobija desacomodada después de que alguien se ha levantado.

Alguien pasó la noche con nosotros.

Recoges el cuarto, lavas tus dientes.

Preparas el café, masticas algo a prisa.

Cierras la puerta, guardas las llaves en el bolsillo derecho.

Llegas a una estación, cuentas el cambio como si buscaras piedras entre las semillas.

Y de repente, sobre algún lugar del suelo, aparecen manos detrás de una espalda,

o alcanzas a divisar el estanque que se formó en  
el ombligo,  
o miras a la boca *cortándose con el cristal de un  
seno.*

Y sonríes porque sabes que nadie más intuye el  
pulso de esas manos  
o la respiración que juntó al agua,  
o lo transparente del cristal sobre la lengua.  
Sonrisa que apenas desea ser porque no quiere  
que la descubran  
y que luego se pierde en algún lugar de la ventana.

Trabajas diez horas, a veces más,  
y lo único que lograste morder fue una manzana,  
y te preocupas porque para Dios eso fue suficiente,  
aunque para ti no lo sea.

Llegas y, de vez en cuando, en algún hueco entre  
los papeles  
y la madera del escritorio,  
vuelves a mirar el estanque, el cristal y las manos  
(en distinto orden cada una de las veces),  
y te aferras al suelo que tocas,  
como si cada uno fuera una isla,  
porque es lo único que tienes  
para resistir al vicio.

Al vicio de la repetición en las ciudades.  
Al menos por el día de hoy  
o hasta que la digitación marque otro pulso,  
o se forme otro estanque,  
o se vuelva más filoso y transparente el cristal.

Los pájaros continúan guardados en la parte intacta



de los árboles. Sigo en la entrada con nieve entre mis manos. El brillo deja de ser homogéneo y todo vuelve a estar dividido.

La única forma en que el nombre se impone en las cosas es cuando todo está dividido.

El líquido por fin contenido,  
la sustancia por fin sosegada,  
la corriente sin queja o ansiedad por el río que  
nunca es.

Las cosas son mientras haya movimiento en ellas.  
La quietud solo es el vacío.

Pero la conquista ingenua duró poco,  
y el agua,  
inmóvil en apariencia entre mis manos,  
comenzó a buscar camino en mí.  
Comenzó a ser lo que siempre ha sido.  
Y yo era en tanto que el agua era.  
Entonces entendí que el reflejo solo es una pausa.  
La quietud solo es el vacío.  
Entonces entendí que la memoria es un reflejo.  
Pero nunca supe muy bien de qué.

Esa mañana fui a mirar el río congelado  
y me paré sobre él  
o él se paró sobre mí.  
Y los dos escuchamos una grieta afirmándose  
como un objeto que cae y ya no recupera su figura.  
Y me ahogué en él  
o él se ahogó en mí.

Y cuando no supe determinar de quién había sido la muerte,  
comprendí que las cosas no necesitan forma ni principio,  
solo son,  
y sentí envidia por lo que no tiene nombre,  
y en un último esfuerzo antes de regresar a casa condené al lenguaje,  
aunque no supe muy bien porqué.

Hoy es mi cumpleaños, y mientras estamos a la espera de uno de tus amigos, desde una banca vemos a dos perros jugar alrededor de una fuente. Vemos una estatua de espaldas en medio de esa fuente. Vemos un culo. El culo de Adán en las aguas del río de Janeiro. El culo de bronce de Adán. El culo de una reproducción del David puesta en medio de la fuente en mil novecientos setenta y seis. El culo de Adán el diecinueve de julio del dos mil dieciocho, como a las dos de la tarde. Los perros siguen jugando. El agua cae irremediable como todo lo demás que pasa. Me dices que podrían detener los surtidores, ahuyentar a los perros y llamarle la atención a los niños para que dejen de jugar en ella, y así el agua quedaría inmóvil. Pero el agua seguiría pasando. Sin importar que perdiera su arcada o que los niños lloren porque han sido regañados, o que los perros se alejen y vayan a cagar en las banquetas. El agua seguiría siendo porque no tiene necesidad de nosotros. Continuamos en la banca y aburridos nos cambiamos los zapatos. Y después, aburridos de ser el otro, volvemos a mirar la fuente. Te digo que para mí las fuentes solo son un síntoma de la nostalgia

en las ciudades por haber secado los ríos. Y tú me contestas que es algo más cercano a la soberbia. Soberbia por obligar al agua a caer de cierta forma. Después fuimos los tres por unas cervezas. Mientras estaba de frente al mingitorio del bar, direccionando la orina, pensaba si en ese acto habría nostalgia o soberbia. En todo caso, la orina descongelaba un pedazo de hielo y yo cumplía veintiséis años.

En la tarde me leíste algo que sé te dolió escribir, y cuando no hubo otra palabra y te levantaste, pensé que no tenía un recuerdo claro de cómo nos habíamos conocido. Creo que aquel día llegaste con un pájaro muerto entre las manos. Me dijiste que posiblemente había aleteado una gran distancia sin descansar y entonces colapsó. Enterramos al pájaro cerca de un árbol mientras me hablabas de poetas que no conozco. Más tarde quisiste arrojar piedras para ver qué tan honda era el agua. Yo no aventé ninguna y mejor decidí guardarlas en mi bolsa.

En mi bolsa tengo piedras que he recogido del suelo. Todas son de lugares diferentes, de ruinas diferentes.

Cuando digo bolsa me refiero a la memoria.

Cuando digo piedras no hablo de otra cosa más que del silencio que habita en su figura.

En mi bolsa guardo silencios mientras camino.

Todos son de tristezas distintas, de personas distintas.

Cuando digo silencio hablo de todo lo que es sin necesidad de la palabra.

De todo lo que se ve y se toca

pero que nunca nos pertenece.

Cuando digo bolsa estoy hablando de los años  
que tengo.

Desearía tener suficientes piedras para levantar  
algunos muros.

Aquí, cuando digo muros,  
me refiero a disponer de forma al vacío.

Oye, ¿no te ha pasado que mientras ves algo, de la nada aparece otra imagen, y esa imagen te lleva a otra, en un movimiento incontenible hasta que te haces viejo? De esa forma se comportan los círculos en el agua cada vez que lanzas una piedra. Sí, pero qué pasa cuando el río está congelado.

Llego a un puente y a lo largo del río hay hileras de árboles sin hojas. El agua está quieta como una llanura de plata que no se ha manipulado. De las ramas penden algunos nidos. Docenas de pulmones con las células epiteliales corrompidas. Mi tío murió de cáncer. Al inicio aseguraba, con una lengua que solo le pertenece a los enfermos, que un pájaro se le había metido al pecho mientras dormía. La tos era el ave que trataba de escapar aleteando bruscamente por su garganta. La noche que lo velaron encontré una de sus radiografías. Su pulmón izquierdo tenía un tumor enorme. El pájaro había anidado.

Las personas pasan por mi ventana y la luz se  
confirma

en la superficie de mi vaso.

A lo lejos veo un puente.

Un puente es la interrupción del vacío entre dos

entidades.

Las personas pasan por mi ventana,  
veo cómo dejan sus huellas en la acera  
y pienso en las cosas que no hice.

En la tarde, después de que había dejado de nevar,  
mi hermano quiso ir a pararse en medio del lago.  
Volvió a la hora de la cena. Sacudió sus botas en  
el último escalón de la entrada y me habló de un  
desierto blanco, y del frío que se le metió por los  
pies, ordenándole que se apartara de su cuerpo  
hacia un lugar desconocido. Al día siguiente, él  
y mi madre regresaron a otro desierto. Tardarían  
siete horas para trasladarse a nuestra lengua. Esa  
mañana también quise ir a pararme en el hielo. El  
aire levantó la capa más fina de nieve y recordé  
un pabellón de tul y a un niño dormido, y luego  
vi la silueta de una mujer tapada por un velo. Al  
final, cuando ya no hubo aire y la nieve volvió a ser  
reposo, pensé que el amor también era algo que te  
desplaza a un lugar desconocido.

Ahora miro cómo buscan su reflejo en los  
cristales de los carros  
y recuerdo las cosas que no volveré a hacer.

Sobre el hielo vi otras huellas. Supe que eran las de  
él y decidí pararme a su lado para hacerle compañía  
a lo que ya no estaba. Seguí las hendiduras hasta  
llegar a una vereda que se trazaba entre los árboles.  
De a ratos se alejaban del paso habitual del camino  
y yo también me desviaba para adivinar qué es lo  
que andaría mirando.

Varios nidos.

Huellas de ciervos.

Pedazos de una botella de Old Forester  
que alguien lanzó contra las piedras.

Un paquete humedecido de Schimmelpennincks.

Y un número cualquiera de sombras que se  
alargaban sobre la nieve

como si fueran teclas de un piano

o el lomo de una cebra

o una celosía que contiene detrás de sí toda la  
tarde.

How is the shadow of two lovers?

El blanco de la nieve siempre reclama  
la interrupción de su superficie.

Las suelas de alguien o las patas de un animal  
que se asoma y luego se esconde.

Sombras en una hoja en blanco.

Una escritura que es solo de día.

Instead of that, how is the shadow of someone  
who doesn't have name?

A bird nest was abandoned.

How is its shadow?

Caminamos juntos hasta que las señas se perdieron al llegar a Livingston Dr. También sacudí mis botas en el último escalón de la entrada, y quise ver una imagen de las huellas del Oasis de Siwa. Tienen como dos millones de años. Las huellas de él apenas tenían unas horas. Sin embargo, las dos significaban lo mismo.

Espero mi comida, muevo la sal de un lado a otro,  
y ya no importa si es en diagonal o en caballo,  
esto hace mucho que está perdido.

Ahora pienso en las cosas que deseo.

Una persona es la tensión entre lo no realizado y  
el deseo.

Sufrimos lo que deseamos por culpa de haberle  
aceptado la llama.

Sigo esperando, y la luz sigue repitiéndose.

Debería estar en el abrazo de alguien

o frente a la sonrisa de un amigo,

pero estoy lejos y hoy es un día sin nombre.

En la calle sale humo de las alcantarillas.

La mejor manera de explicar qué hacen dos  
espejos juntos

es cuando hablamos de interpretación.

Alguien fuma enfrente de mi ventana.

Los espejos contienen todas las formas del  
mundo en su memoria.

Qué triste es la llama que se prende con un  
encendedor.

Incendio despojado de toda su violencia.

He terminado mi comida y la luz sigue repitiéndose  
en mí vaso.

Un puente es la distancia más corta entre dos  
personas.

Odio pensar en los otros cuando escribo.

La poesía también es tensión entre lo no  
realizado y el deseo.

Me callo al sentir que alguien me observa.

Ojos que siguen a mis manos.

Es más molesto que pensar en Dios mirando  
cuando te masturbas.

Una persona masturbándose es una montaña.  
Camino por Military Ave, ahora la luz se repite  
en los vidrios de las casas.  
La manifestación más violenta contra el vacío es  
la forma.  
Un número indica ante todo la distancia entre  
nosotros y el vacío.  
La manifestación más violenta contra la forma es  
el cambio.  
El agua no tiene forma.  
Siempre está siendo en los objetos.  
El fuego tampoco tiene forma.  
La llama siempre está comenzando.  
La escritura también carece de ella.  
Solo es en nosotros.  
Ha comenzado a nevar.  
Es invierno y no hay hojas en los árboles.  
Los árboles sin hojas son manos en plegaria.  
Lo único que sé sobre la poesía  
es que en cierta época del año crece en los árboles.

Qué esperaban que dijera la poesía  
si el pan ya no ha vuelto a ser dividido.  
Si ya no hay diferencia entre la ceniza de la frente  
y la ceniza de un incendio  
que alguien animó por quedarse dormido con un  
cigarro.

Qué esperaban de la poesía  
si dejamos de escribir sobre las piedras  
el nombre de las cosas que no mueren.  
Si esta mañana el aire que nos recorre  
ha traído el polvo de los campos infértiles.  
Que esperaban que fuera la poesía



si la pluma con la que se escribe  
sobrevivirá a este invierno y a otros siglos más,  
y nosotros, después de esta palabra,

no.

Qué esperaban que fuera la poesía.

Una moneda de oro.

Un monumento para que los pájaros reposen.

Un grupo de personas en traje

discutiendo sobre personas muertas.

Cruzo un mar y cruzo un lago y cruzo un río.

Dejo a mi hermana y me despido de Santiago

en una lengua que no me pertenece.

Qué esperaban de la poesía

si el cielo sobre el que estoy me lo ha vendido United.

Qué esperaban de la poesía.

Una sala en una biblioteca con libros jamás  
consultados.

Una antología de alguien que no ha muerto

pero que ya no escribe.

Qué esperaban de la poesía.

Díganme.

Yo solo espero a que termine el invierno.

Y sé que mi muerte es la suya también.

Y sé que el suelo debajo de mis pies es suyo  
también.

Y no importa que el fuego ya solo sirva  
para prender un cigarro

o que ya no se separen los mares,

o que nos preguntemos qué es la poesía.

En realidad, nada de eso importa.

Creo en la idea de que toda escritura es asimilación.  
Los árboles después de recoger el agua y la sal de  
la tierra  
dan frutos y la gente es feliz bajo su sombra.  
La escritura también es espejo.  
Un espejo depende de nosotros para ser imagen.  
Un hombre pregunta por monedas afuera de una  
iglesia.  
Se ha acumulado nieve en la manga de su brazo  
extendido.  
Le regalo una moneda y me acuerdo de manos  
que ya no podré sostener.  
La oración es un intento de simetría.  
El cuerpo humano es asimétrico.  
Una mano no es igual a otra.  
Es decir, no hay futuro igual a otro.  
Llegó a un puente y en el borde hay una placa.  
Una moneda oxidada sin el rostro de alguien muerto,  
solo una fecha escrita sobre su relieve.  
Cuando alguien no tiene rostro  
también graban un número sobre su relieve.  
Veo el río,  
a lo largo de su cauce hay hileras de árboles sin hojas.  
Pienso en las placas de un pulmón con cáncer.  
Mi tío tenía un pájaro en el pecho.  
Los pájaros se esconden para morir.

Quando crucé el puente sentí como si me hubiera  
dividido. Una mitad no tendría posibilidades de  
retorno. Como un juguete que ha sido arrebatado  
por el agua, que aparenta volver con la ola, pero  
en eso se queda. Creí que se pasaría en minutos,  
que era parte del dejar de ser ajeno. Pero estaba

equivocado, si algo cruzó fue solo mi figura. Una forma que nunca se reconciliaría con el espacio. Como una moneda que se ofrece a la fuente, pero que se oxida sin haber cumplido su deseo. Mientras observaba el río, quise donarme al silencio con la misma gracia que tienen las hojas en su caída. Donarme a la quietud que solo reside en las piedras. Sentir que era carente de posesiones, y así pensar que solo era responsable de mi propio deterioro.

Un día amanecí en mi cuarto después de mucho tiempo sin habitarlo. Lo primero que pensé antes de pararme de la cama fue en la historia de un hombre que se tiró a las vías del metro. Mis plantas se habían secado.

A man cuts the grass in Roosevelt Park while it's raining.

Me paré sobre el hielo  
y una fisura se extendió de mis pies hasta la orilla.  
A la mañana siguiente  
la fisura se había extendido hasta mi memoria.  
Una línea que es como la que hace el agua antes  
de caer  
o la que hacen dos ojos que se han cerrado.

Los ojos de las estatuas son ojos ciegos.  
Un cielo es lo blanco de los ojos.  
Los ojos de quién es lo que preguntamos de rodillas.

En la memoria descansa el tiempo. Se guarda con la ternura de una madre que nombra a su hijo por

primera vez. En esa palabra no existe violencia ni temor, ni Dios tampoco. En la memoria, la imagen y la palabra se vuelven una entidad indivisible.

Quise entender la forma de las cosas y puse mi mano sobre la ventana. Pero todo estaba lejos y lo único que supe es que esa tarde hacía frío.

Digo todo esto porque ahora que quiero recordar mi llegada, no podría decir si fui yo el que se veía en el vidrio del carro cuando íbamos hacía tu casa en Dearborn o si solo es mi necesidad por escribir esto un año después, un día, una hora más tarde.

Llegué y mi estancia duró lo que se tarda uno en tocar por completo la sombra de alguien.  
Algo así como lo que dura una despedida en la mano o lo que se tarda en borrar el nombre de una cruz que no se visita.  
Sé que hacía frío como hoy también lo hace.  
Buscaba darle mi mano a la luz mientras veía gente correr entre el vapor que emanaba de las alcantarillas.  
Sé que traté de cantar sus alabanzas.  
De orar frente al río, así como ellos y sus antepasados.  
Pero el río estaba quieto.  
Había pérdida de voluntad en el agua.  
Y yo solo quería sentir que el cambio no era parte de las cosas.  
Y quise abrazar a mis padres y también recordé a mis hermanos.  
Y antes de regresar lancé una piedra.  
Y cuando fisuras se marcaron en el agua

y el río se movió de nuevo,  
dirigiéndose hacia donde todos los hijos de Eva  
se han dirigido,  
olvidé mi nombre,  
y también el de todas las cosas que había deseado.

Se quita la nieve y se busca el oro. Nos gustan las  
piedras que brillan porque nos recuerdan los ojos de  
nuestras madres. Santiago avienta unas monedas y  
se graban tres órbitas en la nieve, órbitas tan vacías  
como los tres orificios de un lavabo.

Lanzo tres monedas y el horizonte se fractura.

I poured water in my palms.  
I kept it for a second and then I washed my face.  
That's how oceans were created:  
God wash his face.  
A face that I don't know how it looks.  
A mirror reflecting water.

Es abril, no ha llovido, el estanque está seco  
y se ven todas las cosas que la gente ha lanzado.  
Recuerdo haber visto algunas monedas.  
Nunca sabré si cumplieron su deseo.

Es noviembre, recuerdo el jardín.  
La hierba estaba lacia  
y los pájaros dormidos.  
Era como verse en un espejo que se ha quebrado.

A paint spill.  
That's how oceans were created.

Acerco la cabeza, mojé mis mejillas y veo tres círculos.

En cada uno se contiene la noche.

Pero no la noche a la que nos hemos acostumbrado en las ciudades.

Otra noche.

Una noche absoluta.

Una noche donde ya no cabe nada.

Santiago se arroja y escudriña la nieve hasta encontrar las tres monedas. Repite el juego y el jardín deja de ser horizonte. Si no lo hubiera visto jugando, pensaría que dos animales se pelearon afuera de la casa. Mi hermana sonrío, le dice que es hora de meterse porque se ha puesto más frío, y ve en él algo que sé que mi madre ha visto también, y la madre de mi madre, y que Eva intuyó al ver a Adán conversando con Dios a solas.

Santiago llora porque los hielos que tenía en su vaso han desaparecido. Eso es todo lo que necesita saber sobre el agua. Eso es lo único que necesita saber.

Tillman dice *every man wears a symbol and I know I have mine*, y mientras las luces rotan sobre nosotros, me recuerdo a mí mismo en un patio con muchas personas desconocidas. Gente bailaba sobre un suelo atestado de latas, del cual emergía un tufo que se hospedó en mi nariz hasta la mañana siguiente. Todas las fiestas como una sola noche muy larga, sin límites entre una y otra, solo el mismo olor que se extiende como cerveza que se ha derramado hasta anunciarse en los za-

patos de alguien más o menos cerca. El concierto es en el sótano de un edificio del downtown. Se entra por un callejón entre Library y Broadway. En los 20's se usaba de speakeasy. Después de los autos, el alcohol traído de Canadá era el negocio más importante. Barriles cruzando el agua que baja desde el lago Saint Clair, que a su vez viene del lago Huron, y que al final emana de un cubo de hielo que se derritió en los primeros días de abril, en el patio de una casa en Ontario. Tillman dice *Oh, and no one ever really knows you and life is brief, so I've heard, but what's that gotta do with this black hole in me?* Ahora voy hacia Woodward Ave.

Del otro lado de la calle viene un hombre. Camina con las manos dentro del abrigo y se acerca a mí. Me pregunta si traigo dinero. Más bien me pregunta si traigo 100 dólares. ¿Sabes lo qué haría con 100 dólares ahorita mismo? Iría por una Big Mac, una botella de Old Forester, y también iría a buscar a Frony.

Frony es una mujer dulce, y me ama cuando le doy un vaso y le pongo en su mano billetes de 20 dólares. ¿Y tú amas a Frony? le pregunto. Siempre tengo que llamarle, los hombres que cuidan de ella y sus hermanas ya no me dejan entrar. Frony es una mujer dulce, dulce como una botella de Old Forester, y sé que me ama cuando traigo billetes de 20 dólares. Le digo que no traigo ni un penny y se aleja sorteando la nieve del camino. Me paro en la esquina para cruzar la calle. Lo veo acercarse a otra persona, y yo solo espero que le hable de su amor hacia Frony, que es dulce como el whiskey.

Acerco mis manos al fuego  
y te digo que las líneas que hay en ellas no  
hablan del futuro.  
Si llegan a significar,  
serán solo el testimonio de lo que he tocado.

Fire doesn't have a shape.  
It's always beginning.  
Like the river.  
Like memory in my hands.

Mira esta línea,  
es del cuerpo vacío de mi perro,  
cuerpo que abrazaba a mitad de la calle cuando  
tenía once años.  
O mira esta otra,  
es de las llaves de aquella casa en Redford  
que nunca pudimos comprar.  
Nos faltaba dinero  
o amor,  
o algo que carece de nombre.  
Pon atención aquí, ¿ves esta línea tan prolongada?  
Es la fisura que me dejó la cama del hospital  
la última vez que visité a mi padre.  
Hay pequeñas líneas que me ha dejado el río,  
y este rastro que me recuerda el movimiento de  
la sangre.  
Mira cómo se extiende este corte desde mi  
índice,  
llega casi a la muñeca,  
es de algún cuerpo que amé, pero que seguro ya  
me ha olvidado.  
Otra más,



la puerta que abrí por veinte años para ir a mi trabajo.  
O la de aquí,  
una línea casi invisible, sé que apareció para  
recordarme  
las cosas que solo pude manipular mientras dormía.  
Hay otras líneas que son de los objetos que he  
perdido,  
pero hoy ya no importan.  
Aquí está la marca del dinero,  
y más abajo  
una huella que siempre trato de esconder,  
está el símbolo de todas las cosas que he robado.  
Observa, próximo al mayor izquierdo,  
está la línea de la mano de mi madre.  
Deja te enseñe este eje en medio de la palma,  
es el indicio del aire que fue removido en señal  
de despedida.  
Esta de aquí, que surge en el meñique,  
es de la arena de alguna playa de California a  
mediados de los 80's.  
Y esta otra marca  
es de la pluma que usé para escribir mentiras.

Hace frío, robamos el bote de basura de una iglesia  
y le hemos prendido fuego con cajas de cartón  
que encontramos en el estacionamiento de un Target.  
Me preguntas qué es lo que miro en mis manos.  
Hay una línea que recorre las dos palmas,  
como un horizonte hecho por un mar que se ha  
secado  
porque alguien lo ha dividido.  
Me preguntas de dónde vengo.  
Te señalo un punto fijo en mi palma derecha.

Dos líneas que se cruzan.  
Una casa en donde ya no habita nadie.  
Me dices que hay personas que saben predecir el  
futuro  
según las líneas de las manos.  
Así se inventó la historia.  
Dos personas sin nombre esperando el fin del  
invierno frente al fuego.  
Dos personas sin nombre esperando el fin del  
invierno.  
Dos personas sin nombre esperando el fin.  
Dos personas sin nombre esperando.  
Dos personas sin nombre.  
Acercó mis manos al fuego.  
Sabes, en realidad, las líneas que hay en ellas  
no hablan del futuro.

Alguien grita, ¡Dios vive en un tiempo ajeno al mundo! No sé cuáles fueron las reacciones exactas de todos, pero creo que cada quién sintió algo parecido a la soledad por un momento.

A veces veía autos estacionados en enormes  
paraderos.  
Me daba la sensación de que todos íbamos al  
mismo sitio.  
Una niña preguntó a su padre si nadarían en la  
alberca al día siguiente.  
El padre dijo que ya no podrían volver a Des Moines,  
y la niña, sin saberlo, abandonaba por primera  
vez a alguien.  
Pensar en un solo camino para todos es el límite  
entre lo secular y lo Otro.

Oí a un hombre conversar con unos recién casados.  
Esperé alguna revelación sobre cómo vivir con  
indiferencia  
al triunfo y la derrota.  
Algo así como  
“ser la hierba que crece entre las grietas de los  
muros”.  
Pero solo escuché historias de una playa de San  
Diego,  
en algún verano, a mediados de los 80's.  
Aunque el conductor anunciaba el nombre de  
cada ciudad  
al llegar a la estación,  
para mí todas las paradas de Greyhound  
eran la misma al verlas desde la ventana.  
Para el que aborda o llega,  
la estación implica la renuncia de algo, de alguien.  
Llegar solo confirma la separación.  
Toda separación es violenta.  
Recuerdo que al cruzar algunas ciudades  
había personas escondiéndose entre los puentes  
y un río inmóvil debajo de ellos.  
Había pérdida de voluntad en el agua frente al  
invierno.  
Había pérdida de voluntad.  
Un hombre en uno de los asientos leía un  
diccionario.  
Para ser extranjero solo hay que preguntarse por  
sí mismo.

Alguien gritaba afuera de la estación de Holland  
versículos del *Libro de Job*.  
Recuerdo sentir angustia.

También había abandonado a alguien.

He puesto sal sobre la mesa.

Él cree que es de mala suerte pasar el salero.

A mí, por el contrario, me recuerda la nieve  
o lo blanco de los ojos de mi madre.

To understand the snow, you only have to pour  
salt over the table  
and wait until the cutlery rusts.

El carro de mi padre se ha oxidado.

Llega a casa, prueba la cena y dice que está insípida.

El suelo y los árboles se han puesto blancos.

Desde que Madre se fue, las cenas son congeladas.

La sal se guarda en aquel gabinete.

Hoy el suelo y los árboles están más blancos.

Camiones enormes vierten sal sobre el camino  
en la madrugada.

La nieve es blanca como la sal.

No solo el carro de mi padre se ha oxidado.

La sal necesita consumir el acero,  
regresarle a su lugar de origen.

Sé que la primera vez que Adán y Eva lloraron,  
la boca probó lo salado de sus lágrimas,  
y de ahí surgió un lenguaje que solo sabe  
enunciar la tristeza.

También han vertido sal por donde camina la gente.

La nieve es el estado más frágil del agua.

No puede huir. Solo cae pretendiendo ser hoja  
hasta que lo sucio de nuestros pasos la perturba.

Mi padre conduce dos horas para llegar al trabajo.

Odia el frío, y sobre todo la nieve, porque ahora  
que es viejo  
solo le recuerda lo que ha perdido.  
Porque así funciona: la nieve colma los días,  
todo se cubre bajo una blanca sombra,  
y lo que tenemos desaparece.  
Quizá no se refiera a la nieve de allá afuera.  
Para entender a la nieve solo hay que  
esparcir sal sobre la mesa,  
y esperar a que los cubiertos se oxiden.

Al contrario que mi padre, yo no odio la nieve.  
Me deja ver mis huellas,  
me hace pensar que no soy tan perecedero.  
Mientras come, señala que los alimentos son  
insípidos.  
Me pregunto cuánto durará la comida congelada  
en el refrigerador.  
Para conservar la comida se utiliza un proceso  
en donde se le agrega una gran cantidad de sodio.  
Le digo que la sal está en el gabinete,  
en el mismo lugar donde ella solía guardarla.  
Le echa sal a la comida, pone el frasco sobre la mesa.  
Dentro de él  
todo el invierno está contenido.

En la esquina vi una iglesia. Emilio estaba en  
clases. Acordamos vernos cuando saliera para ir a  
comer algo y beber algo también. En la entrada de  
la iglesia vi un hombre tendido. Una de sus manos  
estaba dispuesta con un gesto tan minúsculo que  
no se sabía si preguntaba por limosna o solo era.  
Tan entregado estaba al piso que su cuerpo pare-

cía una deformación apenas diferente del propio deterioro de las gradas. Vi su rostro. Sus labios estaban blancos y sus ojos semiabiertos como una persiana que ha dejado pasar una línea de luz incómoda. Cerca de su brazo había unos pesos. Puse unas monedas directamente en su palma, apenas abierta, apenas diferente de una hoja que se ha contraído porque se ha secado. Al sentir las monedas, con un movimiento que parecía discutir su condición de suelo estéril, alzó una mano hacia su frente marcándola en cuatro partes.

Al entrar, las personas estrechaban sus manos, y luego se partió el pan, y un cuerpo cayó dentro del cáliz. Cuando llegó el cordero quise irme y me dirigí hacia la puerta. El hombre seguía ahí, siendo más escalón que hombre. Me balbuceó algo y lo miré por última vez. Seguí por Isabel la Católica hasta llegar a un parque. Esperé en una banca porque aún faltaba para la hora. Cuando nos encontramos, Emilio me preguntó qué había hecho. Solo le dije que quería ir por una cerveza. Sacó unas monedas, las contó en su palma con ayuda de uno de sus dedos y se compró un cigarro en un puesto de periódicos. Se puso a fumar en medio de la acera y yo me acerqué más hacia la entrada de la estación. La gente lo esquivaba. Se hacían dos filas de peatones y unos pasos más adelante se volvían a incorporar en una única corriente que nadie nunca sabrá dónde termina. Emilio era una piedra evaporándose en medio de un río, y yo lo veía desde la entrada de Isabel la Católica.

Las luces del túnel parpadeaban y recordé a mi abuela hablándome mientras acomodaba el hule

con que cubría el mantel de la mesa. Mijo, Dios se va a poner triste si ya no se persigna, ¿por qué ya no lo hace? No supe qué responderle. Al salir de la estación una mujer en silla de ruedas, apenas diciendo algo, apenas levantando el rostro, extendía su palma derecha. Di dos golpes con mis manos en ambos bolsillos para decirle que no llevaba dinero aunque al hacerlo, sentí las monedas que me sobraban y seguí caminando. Volteé para buscar a Emilio y volví a ver a la señora que extendía su mano. Alguien le puso unas monedas y, al igual que el hombre en el escalón de la iglesia, cruzó su frente con un movimiento repentino. Llegamos a un alto y nos formamos en la fila. Al pagarle al chofer, aventó el cambio en un cajón encima de su estéreo. Desde la ventana veía a mucha gente. Quién sabe cuántas otras manos estarían esperando la moneda. Viejón, tú te persignas. La neta no, viejón, ¿y tú? Mi abue se puso triste esa mañana.

*Per signum Sanctae Crucis,*

Las empanadas ya están listas. ¿La violencia es creación de Dios o de nosotros? No lo sé. Cada una la venden a uno cincuenta. Puedes pensar en alguien que jamás haya visto su cara. O cuatro piezas por cinco pesos. Nuestro rostro no existe como hecho independiente. Uno carga la olla y otro hace las cuentas. Un rostro necesita de lo ajeno para ser. Una cuchara. Un auto estacionado. La pupila de alguien. Pero mira, yo creo que la forma en que la tierra absorbe la sangre sí es creación de Dios. Un cd. Un cuchillo. Una televisión apagada.

Vamos primero a la tienda de Socorrito y de ahí a los aserraderos a venderle a los trabajadores. Entonces dime de qué otra manera alguien puede saber cómo es su rostro, si no es por su reflejo. Unos lentes de sol. Un anillo. Un refractario de plata. A uno cincuenta la pieza o cuatro empanadas por cinco. Quizá por eso Dios creó al hombre. Un vaso. El cáliz pulido para la eucaristía. Un azulejo de mármol. Traemos de mermelada de manzana y de calabaza. ¿Por qué? Cuando acabemos de vender hay que ir a jugar a las canchas con el balón que te compraron ayer. Pues porque no sabía cómo era su rostro y quería verlo. Una cacerola. Una esfera en el árbol. Una aldaba. ¡Ándale!, vamos a la casa de las Cocos. Pero ahí seguro huele a miados y además me dijeron que a esa casa no podíamos entrar. ¿Y qué?, chance vendemos todas las empanadas que quedan. ¿Cuántas dominadas te haces sin parar? Una vez vi a mi tío salir de ahí. ¿A quién? Pues a tu papá. ¡Pinche chavalito mentiroso! Por aquel lado de la cerca hay un agujero. A veces se alcanza a ver algo. Personas bañándose sin que caiga el agua. Dicen que si ves a dos perros cogiendo te sale una perrilla. Encontraron el cuerpo de Pípirín al lado de la cerca. Camino por un estanque y veo piedras y ramas en la superficie. Que dicen que primero le disparó a un perro, y que luego se disparó en la cabeza. Quebrar el hielo para que el agua deje de ser vacío. Lucero también murió de un balazo en la cabeza. Quebrar el hielo para que el agua sea. Sí, mientras veía un partido de fútbol en las canchas de tierra. ¿A poco ya vendieron toda la olla? ¡Pero nada de correr en los charcos! En medio del partido



un hombre llegó y se paró frente a ella. Siempre que veo el hielo me dan ganas de quebrarlo. ¡A ver, chingados lepes!, ¿qué les dije? ¡No se mojen, no se llenen los zapatos de zoquete! ¡Vean cómo regresaron! Mijo, tráigase dos brazadas de leña y no azote el spring cuando entre. ¿Y la montura que está en el cuarto de quién es? Mi abuelo dormido en medio de la casa, a mitad de abril y personas llorando. ¿Tú si crees que mi tío se disparó? No entiendo por qué mataría al perro. La bala quedó atorada en uno de las tablas de la cerca. Si te subes al manzano y luego alcanzas la cerca que está enfrente, puedes mirar por la ventana del baño. ¿Has visto a alguna de las vecinas bañándose? ¿Qué es eso? Pues solo te la jalas pensando en las tetas de alguna morra, y luego sientes algo así como si te fueras a orinar, pero no te orinas. ¡Pendejo, no orines la nieve! ¡Recoge las latas o se van a dar cuenta! ¡Pinche fiesta de Navidad aburrída! Le robé a mi tío sus cigarros cuando ya estaba bien pedo. Vamos a fumar allá por los encinos. ¡Cuidado con las brasas! El zacate está bien seco y agarra a madre. Entonces se pasaba el día vigilando desde una torre y cuando veía humo se apuraba en el caballo. ¡No te pares detrás del caballo o te va a patalear! O cuidaba que nadie anduviera cazando en la veda. La madre y la madrina tienen que vestir el cuerpo de la ahijada. Papá, ¿por qué mi abuelo está dormido en una caja? Si mañana vamos al rancho, quizá podamos construir la alberca en el arroyo. Ahora si trae suficiente agua. Me puede dar una cajetilla de Marlboro rojos y dos sodas coca. ¡Cómo cree, Socorrito!, son para mi tío. Vamos por

unas papitas, a mí me gustan los Cheetos y ¿a ti? Un año después mataron también al hermano que estaba jugando futbol. ¿Cómo le hacen para jugar fut descalzos? ¿Cuántos balones habremos perdido? ¡Pinches vecinos ya van a quemar basura! ¡Ve y cierra las cortinas para que no se meta el humo! ¿Y cómo le hacemos si apestamos a cigarro? ¿Y cómo le hicieron en el velorio? El féretro estaba cerrado. ¿Cómo disimulas una herida? ¡Ande y vaya y ayude a sus tíos a echar las piedras! Papá, ¿a dónde se fue mi abuelo? ¿Y eso, qué significa? Es como estar dormido, pero de día y de noche. Y, ¿por qué no despierta? Porque de eso se trata, mijo, de ya no. ¡Ándale wey!, vámonos pa adentro o nos van a poner un cague. A ti por cabrón y a mí por pendejo. De todos tus tíos él fue el primero que te vino a conocer cuando naciste. ¿Cuántos años tenía cuando...? Como tu edad, creo. La bala detenida por una de las tablas del cerco. A mí me dijo el Chino que una vez se brincó la cerca y pudo ver cómo le daban una mamada al don de la carnicería, pero ya no me acabó de contar porque el bato se empezó a reír de la nada y se fue. ¿Y tú le crees? Pues no sé, ya ves cómo está de pirata. Mijo, ¿y por qué me preguntas todo esto? Nomás. La bala detenida en una tabla. Éramos sus padrinos de comunión. Fede nos pasaba el agua de un pozo que estaba casi llegando a las canchas. La última vez que ví a doña Filo fue en la misa. ¡¿Qué chingados dice uno cuándo alguien se muere?! ¿Y tú también vas a morir?, ¿y mi mamá?, ¿y Carlitos?, ¿y el bebé que mamá tiene en la panza? ¡Ayúdale a Fede a jalar la manguera! Pones a llenar la pila y

luego el tinaco. Cuida que no se vaya a tirar el agua porque quién sabe cuándo llegue de nuevo. Ayer vi que alguien lavaba su carro a manguerazos. ¡Qué chingones tirando el agua!, y uno aquí poniendo cubetas para juntar la lluvia. ¡Pinche cerro jodido! ¿Alguna vez has estado en el mar mientras llueve? Es como ver completo el ciclo del agua. Así se ha de sentir morir. ¿Cómo? ¡Sí!, como cuando llueve y estás en la playa. Agua cayendo sobre agua. Cuando me muera riega mis cenizas en el bosque o en el mar, y si me vas a poner flores que sea mientras estoy viva, ¡muerta pa qué las quiero! ¡Amá, no digas eso! Y si se llenó la pila y el tinaco, pues te me pones a regar las plantas, que ya ves cómo está todo seco, y quién sabe cuándo nos vuelvan a pasar el agua. Oye, ¿y no crees en todo caso que Dios creo los mares para ver su reflejo? La puerta de una estufa. Una boquilla de un secador de manos. La pantalla de esta computadora cuando termine de escribir la siguiente palabra. Los mares son los ojos de Dios. Todo el ciclo del agua es Dios parpadeando. ¿Crees en Dios? Me gusta la idea de que somos un espejo. Entonces el mundo solo se repite en nosotros, pero es solo eso, repetición. Un espejo solo es mientras alguien lo esté observando. Ahora camino cerca de unos estanques de retención. ¿Y quién mira el espejo? Las personas siempre avientan ramas y piedras al hielo. ¿Hace cuánto que no te persignas? Siempre que veo hielo me dan ganas de quebrarlo. La primera cruz se hace en la frente. Después de atravesarle la sien, la bala quedó detenida en una de las tablas del cerco. Yo no creo que se haya suicidado.

*de inimicis nostris,*

Veo la quietud que tiene el agua ante el invierno. ¡Pídele permiso a mi tía para que me deje quedarme a dormir con ustedes, y poder jugar más rato afuera en el patio! El padre y el hijo se fueron en la madrugada. Oímos los cascots golpeando las piedras. La lluvia que ha caído dejó gris el suelo y se marcaron con mayor facilidad las llantas de las trocas. ¡No jueguen en los charcos! ¡Se sacuden los pies al entrar! Van a sembrar maíz y mañana traerán las mulas para barbechar la labor. ¡Lleve las sodas al arroyo, ahí en la orilla nomás pa que se enfríen, y traiga unas dos brazadas de leña pa prender la estufa y almorzar! El cielo era ausencia. Vacío el estanque, vacíos los árboles, vacías las manos, y una lámpara abriendo todo lo que estaba enfrente. La luz abre los objetos. La luz rasga las cosas. No había necesidad de que fueran ni ellas ni nosotros, pero él anunció su nombre y fue. La noche era ausencia y no le importaba si estábamos ahí, ni tampoco a las demás cosas del mundo por las que un día tuvimos que hincarnos. Debajo de este puente no hay evidencia del espejo ni de la pureza, pero sí un mismo río. Fuimos los tres a la playa, caminamos sobre la orilla, y mis huellas eran menos profundas que las de ellos porque aún no poseía nada. Mi tío tiene catorce hijos, la misma semana que murió Jesús, murió uno de esos catorce hijos. El fuego era amable porque estaba rodeado de piedras, y nosotros jugábamos a la roña. ¿Alguna vez has visto cómo arde una botella o cómo explota un encendedor cuando cae a la lumbre?

Mira, ven, ya se durmieron. ¡Aviéntala al fuego para que se reviente con las piedras del fondo y arda el alcohol! El campo ahora está cubierto por llantas de tractores usadas. Sus manos están secas. La labor está árida. Sigo mi camino y en algunos espacios de la banqueta hay nieve. Echan sal sobre el camino para derretir el hielo. Un tráiler se quedó atorado porque hay hielo en el camino. En la curva que le llaman el Cajón hay una Virgen. Una curva más adelante de dónde está la Virgen, encontraron catorce cadáveres. Todos hombres. Uno en particular tenía la boca quemada. Embece si caminas siguiendo todo el arroyo hacia donde baja puedes ver venados buscando comida en un claro que tiene muchas flores. Un día llegamos tan lejos que se distinguía muy poco el camino. Por la noche tuvimos que seguir el río hacia el lado de la presa. Debajo de la cortina hay un túnel. Me daba miedo cruzarlo, porque sentía todo el peso del agua. Como meterse al mar de noche. Porque el agua a oscuras es la noche absoluta. El túnel estaba tan oscuro que la luz solo era una palabra, como cuando alguien dice felicidad o amor en la televisión. No la luz que con violencia rasga a las cosas. Las cosas no tenían necesidad de ser ni nosotros tampoco. Chino me contó que una vez se había orinado en la presa, y duró rato riéndose porque me dijo que ese día todo el pueblo había bebido de sus orines. Veo mis huellas y me alegra saber que no desaparecerán cuando mire hacia otro lado. El agua no puede dividirse. Lo que no se divide no tiene forma. Seguimos el cauce hasta llegar al kilómetro sesenta y dos. En medio hay una galera

con las tablas podridas y un corral donde ya solo se sostienen algunos postes. El arroyo aquí se junta con otros cauces. Si aprietas fuerte tu mano puedes ver hacia donde desembocan los arroyos de color verde que hay en tu brazo. Atrás hay montañas y también unas cruces que anuncian la muerte de alguien en la carretera. La muerte, se sabe, es horizontal. Catorce cruces se han puesto en la curva. Un cementerio en donde hay un cerco con las tablas podridas y donde se juntan otros cauces. La muerte es horizontal aunque le pongan flores. De regreso vimos un venado entregarse a la hierba y desaparecer como agua cayendo sobre agua, sin interrupciones, siendo un solo cuerpo sin forma. Chino se empezó a reír como loco y se fue detrás de unos árboles a zurrar. Me preguntó si yo no tenía ganas, y por un momento creí entender lo que le pasó al venado cuando corrió hacia el bosque sin perturbarlo, sin perjudicar su inicio constante. La naturaleza siempre está comenzando, como el fuego. Esto se trata del agua, pero también del fuego, o de todo lo que no tiene forma. Lo que no tiene forma es algo completo en sí mismo. Una forma es una limitación, y, por lo tanto, algo incompleto. Una limitación en el espacio de algo que no necesitaba ser, como la forma de una cruz o de catorce cruces. La memoria no tiene forma, es solo en nosotros. Veo la quietud que tiene el agua ante el invierno. Te vas por la vereda que está en medio de las dos casas con los cercos casi vencidos. Le sigues derecho hasta llegar a la principal. Tratas de prender un cigarro mientras cuidas no llenarte las bastillas de lodo. Una troca está parkeada. Adentro se mira

un cigarro moviéndose. Tomas el encendedor de tu bolsillo derecho y recuerdas que tenías quince años cuando te enseñaron a fumar. La calle cincuenta y dos, esquina con Águilas. Julio prendió uno blanco y te dijo que jalaras el humo con la boca, sin respirar por la nariz, y que lo contuvieras. Después aparece la cara de Ale, su hermana. Recuerdas que te llamaron para avisarte que había muerto en un choque. Recuerdas la última vez que caminaste con ella hacia la parada saliendo del Obregón. Sigues hasta llegar a una casa de alto y luego doblas en el parque. Ves a lo lejos las pequeñas brasas del cigarro de alguien. Crees que la única forma de volverte visible para el otro es prendiendo el encendedor, como si dieras una señal de vida a alguien que también está en completa penumbra, y que necesita saber si hay algo más afuera. Se prende la troca y se acerca hacía ti. Se asoma el cañón de un arma. ¡Ora pendejo!, ¡te lo llevas, pero si te me vas en chinga! Te avientan un paquete. ¡Pero en putiza, cabrón! ¡Te me jalas a madre wey! Catorce veces haciendo lo mismo. Recoger un paquete y llevarlo a otro pueblo. Catorce balazos en el cuerpo hasta dejarlo irreconocible. ¡Vergas, hijo de tu puta madre! ¡Ahora te vienes con nosotros! Es la última entrega, pero hay unos hombres esperándote en el Cajón. ¡Pero si rechingo a mi madre si no los quebramos a todos y los aventamos a la pinche presa! Debajo de este puente no hay evidencia del espejo ni de la pureza, pero sí un mismo río. Y a ti, ¿qué caris te gusta ver? Aquí en el pueblo solo hay dos canales, a veces ponen el Canal 5, y veo Gokú, o pelis. ¡Vamos a pescar a la presa! Mi

papá tenía catorce anzuelos, pero el día que perdió uno de ellos, fue el día que halló un cadáver en la orilla de la presa. Unos zopilotes se lo estaban botaneando. Era un muchacho como de diecinueve años. Pero casi siempre mis hermanas están viendo las novelas y no me dejan ver la tele, así que me salgo a caminar por el arroyo, y arranco manzanas verdes de los campos. Catorce personas sentadas en una funeraria. ¡Se me hincan aquí hijos de su puta madre!, ¡ahora si ya los cargo la verga! ¡¿y tú de qué te ríes, pendejo?!, ¿¡qué no ves que ya valiste verga!? ¡Tengo ganas de cagar! Catorce disparos en medio del camino, como a mediados de enero, a mitad de la noche. ¡Oye!, que dice mi mamá que sí te puedes quedar a dormir, pero que nada de estarse riendo antes de acostarse.

*libera nos, Domine Deus noster.*

Lanzo una piedra y el horizonte se fractura. ¿Ves el agua en silencio?, ¿ves el río? Aún me queda agua en este vaso. Agua para beber, agua para explicar de dónde viene el llanto. Llanto por las cosas perdidas. En realidad, las cosas no se pierden, se vuelven uno con la memoria, y viven ahí entre la luz que se acaba y donde empieza todo lo que ya no se puede mirar. Lanzo otra piedra. Una cuartadura en la superficie. Cada grieta es el inicio de un país o el fin de otro. La lluvia se filtraba por la pared del cuarto. Se formaron los países buscando agua para trazar sus fronteras. El lenguaje es solo humedad inscrita en la pared de este cuarto. Cada día hemos de decir oraciones que nunca volverán



a ser, sí, como el agua. Debemos pintar este muro nomás que pasen las lluvias. Un silencio interrumpe otro silencio. La voluntad es un río trazando su cauce. La memoria es agua detenida. De tanta agua trasminada se ha formado un rostro en la pared. Es el rostro de Dios. Dios no tiene rostro. Juntas el río entre tus manos. ¡Lávate la cara y los dientes antes de ir a la escuela! Hay que pintar esa pared namás pasen las lluvias. Lanzo otra piedra. Jesús y yo construimos una alberca en el arroyo. Amon-tonamos unas piedras en el estrecho hasta que el nivel nos llegó a la cintura, y luego jugamos guerritas de lodo mientras mi tío buscaba a los caballos. Mi apá se llevó al Pinto para buscar las vacas. A ver si nos presta aunque sea la yegua cuando regrese. Así cada verano hasta que dejamos de vernos y luego él murió. Una bala le abrió el pecho. Lanzo otra piedra. La placa se fractura y brota sangre de su pecho en medio del bosque, a mitad de enero como a las seis de la tarde. El agua que brota es gris. Un cuerpo perforado como el hielo. El agua emana. Emanan la sangre. Un rifle sobre el hombro siguiendo a la presa. Ha caído nieve y se deja ver el rastro. El agua sigue gris. Sus ojos están grises. Lanzo otra piedra. En el pozo del amate aún hay agua. ¡Tráete dos cubetas y a ver hasta dónde se llena el tambo, porque ya no hay agua para el baño ni para bañarse! ¡Mari, se ha metido el agua a la casa! ¡Mijo!, barra el agua de la azotea, que se hacen moscos. Tomo otra piedra. Fracturar tanto el hielo hasta hacerlo irreconocible. ¿Qué pasa con la piedra cuando llega al fondo? Lanzo otra piedra. Ahora tú dejas huellas en la nieve. Ahora tú estás

siendo perseguido. Tu hijo está ahí, emanando agua del pecho, y corres a buscar ayuda en medio de los cerros. Lo que te viene persiguiendo te perseguirá para siempre. Lanzo otra piedra. Tengo que acomodar los leños para que queden todos juntos y pueda arder el fuego. Tengo que buscar más leña. ¡Que no se apague la olla! Mijo, a las siete llega la gente. Barra las escaleras y fíjese de no dejar charcos. ¡Échale hielo al vaso de tu papá! Tomo otra piedra. Nadie contesta. Estás en medio del bosque y la noche que llega detrás de aquel cerro no es la noche que te preocupa. Lanzo otra piedra. Una cicatriz es una palabra que se articula con la carne. Lanzo otra piedra. ¡Jesús!, tú vete primero. Por aquella subidita se ve algo. Yo aquí le guardo el rastro. Lanzo otra piedra. Es mitad de enero, como a las seis, y llevan varias horas siguiéndole las patas a unos venados. Lanzo otra piedra. Hijo, fija bien la mira. Se mueve algo por aquel cerrito. Lanzo otra piedra. ¡Apá!, ¿nos prestas al Pinto para dar una vuelta o a la yegua, aunque sea? Lanzo otra piedra. Contienes la bala en el gatillo. Esperas a tener una mejor postura. Respiras y puedes ver tu aire. Lanzo otra piedra. Se fisura el hielo y brota agua. Un silencio irrumpe otro silencio. Lanzo otra piedra. Se quiebra el bosque entero. La fisura es tan grande que una placa enorme se ha separado del resto. Lanzo otra piedra. Vamos a hacer el muertito, a ver hasta dónde nos lleva el arroyo. ¡Mire tío, cómo nos lleva el arroyo! ¡Quizá nos lleve hasta el mar! Lanzo otra piedra. Avientas el rifle y corres a ganarle a la noche que viene bajando por la loma. La carne se ha abierto. Lanzo otra piedra.

El río va. La sangre gotea sus manos. Lanzo otra piedra. No orines cerca de la casa, la nieve se va a quedar amarilla. ¡Qué tiene! Culpamos al Oso. Si regresamos a la casa oliendo así, se van a dar cuenta. Detrás de la leña hay un pisto que le robé a Juan. Lanzo otra piedra. La sangre también tiene memoria. Cargas a tu hijo como cuando era un niño. Lanzo otra piedra. Pon los envases encima de la cerca, al lado del llorón, ahí es donde pega mejor la luz, y ahorita voy por el veintidós de mi apá y le practicamos para ver si luego nos lleva de cacería. Lanzo otra piedra. Cuando el hielo se fractura también nos fracturamos nosotros.

Nací una mañana como la de hoy,  
sin nombre.

Primero mojaron mi cabeza en el río  
y después me enseñaron a juntar las manos  
e hincarme para mirar al cielo.

Esta mañana decidí salir a caminar,  
era otro día sin nombre  
en un lugar sin nombre,  
en un lago vacío.

Junté mis manos y contuve el silencio en un  
espacio tan angosto  
como el grosor de una hoja en donde nada se ha  
escrito.

Y vi a mi respiración ser una breve niebla  
que a cada segundo palpitaba afuera de mis fosas  
nasales.

No recuerdo haber decidido aceptar los sacramentos.

Pero a mi abuela así le enseñaron, y luego ella a  
mi madre,  
y mi madre nos llevó a la liturgia cada domingo.  
Mi padre nunca hacía nada en las misas.  
Solo miraba a través de sus gafas algún eje de la cruz,  
como quien ve una fisura en el vaso con el que  
se bebe,  
y al finalizar la epiclesis, se salía a fumar  
o a leer en las bancas del parque.

Hoy siento el frío como dos navajas que se afilan  
en mis manos.  
Cuchillos que se amuelan sin hacer ruido alguno.  
Plata abriéndose en mis manos como agua  
resbalando por un vidrio

en silencio.

Si Dios es algo, solo será silencio.  
Pero no me malentiendas. No el silencio de una casa  
que se ha quedado vacía.

Otro silencio.

Un silencio como este:

El reflejo del agua en los muros.

Las grietas del campo en la sequía.

La nieve derritiéndose en la hierba.

La caída de la hoja sobre el suelo.

La pérdida de voluntad en el agua.

La mímica del fuego en la ceniza.

La ceremonia de la piedra en el desierto.

Lo frágil de la sombra en el estío.

La arena y su quietud de mosaico.

Lo simultáneo del mar y del cielo.

La gesticulación del viento en el polvo.  
El humo de un incendio apagado.  
La ruina de las flores en la tumba.  
La pérdida del brillo en los metales.  
La contención de la bala en el revolver.  
El hilo y su irrupción en la aguja.  
La llama de la vela que se apaga.  
El desconcierto de un reloj detenido.  
La evocación de la muerte en la estatua.  
La flacidez de la bandera en la derrota.  
El cáliz después de la liturgia.  
Lo interminable de dos espejos juntos.  
La revelación de los objetos en sus fallas.  
El vicio de la repetición en las ciudades.  
La ecúmene en las palmas del gitano.  
La herida que se anuncia con la sangre.  
La ética del perdón en el olvido.  
Las manos de quien ha traicionado.  
El sudor que brota en la angustia.  
El extranjero que pregunta por sí mismo.  
La gravedad y la gracia de la ausencia.  
La mano que recibe la moneda.  
La violencia que habita en la justicia.  
La carencia de nombre en el mendigo.  
La penitencia que se instala en el culpable.  
La miseria en lo blanco de los labios.  
La donación del otro en la mirada.  
El mito que relatan los amantes.  
La construcción de bestias en la infancia.  
La pureza del odio en el rencor.  
La asimetría entre realidad y memoria.  
El pecado que se hereda con la sangre.  
El verbo hebreo que se repite a sí mismo.

La oscuridad de la palabra traducida.  
El descanso del tiempo en la memoria.  
La Historia que procede como un árbol.  
La tristeza de un dios abandonado.  
La hermandad del pensamiento y la palabra.

El acto de fe que mora en el silencio.

Era diciembre y tratábamos de quebrar el hielo de un pequeño estanque cerca de la casa. Nos dijeron que un caballo se había ahogado y quisimos verlo. Su cadáver dispuesto ahí como una estatua sin nombre que padece un inevitable deterioro. ¿Qué es una estatua si no hay luz que permanezca en su figura?

Hay días en que las cosas pierden su sombra.  
La sombra es el presente de las cosas.  
Un cuerpo es un cuerpo mientras haya luz en su figura.

En el hielo nuestras piedras solo rebotaban como chispas buscando algo que abrazar para seguir siendo. No teníamos otro propósito. Éramos unos niños atrapados en aquella casa en medio del invierno. A nosotros aún no nos interesaba sentarnos a beber frente a la chimenea para preguntarnos en que habíamos consumido nuestras vidas, y tampoco esperábamos que de las cenizas surgiera una respuesta. Mucho menos intentábamos pedirnos perdón los unos a los otros, pues el dolor aún no se anunciaba como la sangre amarga y negra que ya después conocimos. Además del caballo, nuestra abuela también había muerto, pero ella no estaba

congelada en un estanque. Después entendí que un tipo de silencio la extinguió hasta volverla una vara seca sobre una sábana blanca. Para nosotros lo gris del hielo carecía de significado, aunque ese color estuviera presente en los ojos de todos nuestros tíos. Después de una semana, la superficie del pequeño estanque estaba llena de piedras. Embarcaciones sometidas al blanco más absoluto que todo lo corrompe.

Para acordarse hay que crear un vacío en las cosas que están frente a nosotros. Solo así podemos ser hospitalarios con las imágenes. Solo en la indiferencia con el presente es posible la memoria.

Un tío ha muerto. Al entrar en la habitación, veo su figura como una rama seca sobre un suelo demasiado blanco. Sé que he visto esa imagen antes. Hay pinos que no resisten el invierno, por viejos o porque les cae la plaga, y cuando se secan, tiran las ramas sobre la nieve. No dejo de pensar en la miseria que habita en lo blanco de sus labios. Voy a la sala, y mientras todos beben y miran los troncos arder, también me dan ganas de pedirle una respuesta a las cenizas. Hacer lo necesario: buscar un signo en los restos de café que hay en mi taza, esparcir sal sobre el fuego, aventar algunas piedras, y así entender qué significan mis actos en la irregularidad de su caída.

Podemos traducir de la nimiedad de las cosas el devenir de los hombres

(de los restos de café,  
de la sal esparcida sobre el fuego).  
O regalarnos a lecturas más sagradas,  
aquellas que están fuera de nuestro tacto,  
que solo le pertenecen a la luz  
y a ojos con menos impurezas que los nuestros.

Qué entrañas debemos tomar entre las manos  
para que la sangre testifique nuestras pérdidas,  
o esperar a que las piedras atiendan su naturaleza  
y caigan según la voluntad más ajena  
para dictarnos cómo se edifica el tiempo desde la  
asimetría.

Podemos, también, verternos al vacío,  
tan mínimos como un dios abandonado  
por falta de alguien que pronuncie su nombre.

Y no esperar ningún relato,  
y solo vivir como la hierba  
que logra crecer entre las fisuras de los muros.

Ser el muro,  
solo eso,  
para que al caer,  
nuestras ruinas no tengan ninguna forma.

Ha nevado dos veces esta semana. No se oye el motor de ningún tráiler cargado de madera. Seguramente el camino está cuajado, y nadie quiere salir a echarle sal al hielo. Cada casa se vuelve una isla. Con sus propias tragedias, con su propia necesidad de sentarse al fuego a inventar la historia. En la



nuestra hay alguien muerto. Este será el mito que nos inaugure. Alguien lo grabará en la superficie del comedor para que en cada comida, se recuerde con qué propósito se pone el pan sobre la mesa. Alguien guardará la sábana blanca donde está acostado mi tío, y desde ahora cada martes significará ausencia. Alguien establecerá que en las festividades la bebida de la liturgia será el café soluble y que deberá servirse en tazas de peltre despostilladas. Los niños, como en todo pueblo asentado a las orillas de un río, se tendrán que ir a esconder al cuarto de la televisión, pues las oraciones que se discuten en la sala aun no son apropiadas para ellos. Algunos apelarán por un error de traducción, y entonces se fundará otro relato, uno que diga que no es el café sino el alcohol que trae un hombre de Janos, la pertinente bebida de la liturgia. Y se dividirán los unos de los otros, como ya ha sucedido en otras islas, y mandarán a unos al margen de la casa a sentir el frío, para que nadie oiga sus plegarias, para que así sus ídolos sean olvidados. Porque no se supone que alguien se embriague de esa manera en un lugar donde se vela la muerte de un enfermo de cáncer. Y entonces otros dirán que la única paz se encontrará después de la nieve, y dejarán de orarle al lienzo blanco, y no les importará enterrar a sus muertos lejos del fuego. Justificando que después de la nieve un cuerpo no significa nada. Y habrá personas en los sillones asegurando haber visto el camino, mientras alguien acomoda las brasas, pues reconocen lo sagrado de tener un incendio entre las palmas. Y los ancianos, que ya han vivido todos los inviernos, se reirán de nosotros, porque

saben que la nieve, por más densa que sea, siempre vuelve a ser agua.

El problema de jugar con fuego es que la llama no conoce la quietud, y nosotros, después de un rato, queremos sentarnos en las piedras a observar cómo regresan las aves a los encinos.

Una brasa escapó quién sabe cómo del círculo de piedras.

Círculo que horas antes había dictado los límites del fuego.

Fuego que habíamos animado cerca de la galera para tomar café en tazas de peltre despostilladas.

Se sintieron los caballos correr,  
y después reventó el corral,  
y entonces vimos una mano con miles de dedos  
brillantes  
en medio de la labor,  
a mitad de la noche,  
en los últimos de diciembre.

Una mano alzada que podía imitar todas las formas con sus dedos.

Esa noche conocí el color de la guerra  
y no me quedó más que levantar mi mano para  
saludar  
al Dios que también me saludaba.

Abrimos con arados uno de los estanques  
para que se extendiera el agua sobre la llanura,

y la noche se puso frente a un espejo,  
y reconoció su semblante a costa de olvidarse de  
nosotros.

Para ese momento la lumbre ya solo era una palabra  
de la que habíamos aprendido un nuevo significado.  
Yo traía llenos de agua los zapatos.

Las plañideras abrazaban a unos hombres en el  
suelo

y algunos de mis tíos se alejaban en caballos  
para buscar a otros caballos, que, por el susto,  
habían galopado hasta atravesar el río.

Alguien gritó mi nombre, pero no volteé ni dije nada,  
y me fui a sentar debajo de un encino  
a esperar a que me llegara el otro sueño.

Este sueño.

¿Recuerdas el día del diluvio? Usé todos los trastes  
para contener las goteras, pero fue inútil, nunca  
dejó de llover. Se inundó primero el cuarto, luego el  
comedor, y de repente toda la casa, y ya después no  
supe dónde terminaba mi reflejo. Estuve arriba de  
una mesa aguardando a que se acabara el mundo.  
Pero no se acabó, y solo vi pasar un horizonte tras  
otro. Así transcurrieron días, y me comencé a poner  
raro por estar ahí solo viendo cómo se me arruga-  
ban los pies. Entonces, para evadir la demencia, o  
lo que sea que ocurre cuando pasas tanto tiempo  
sobre el agua, inventé un juego: elegía alguna de  
las cosas que pasaban flotando y me narraba una  
historia a partir de su figura. Y así transcurría la luz

hasta que una cosa nueva se observaba. Después, apegándome a las reglas del juego, que en realidad funcionaban más bien como un lenguaje entre mi vida y la vida de los objetos que no se habían hundido, les otorgaba otro nombre esperando que alguien también me respondiera. Pero nadie jamás dijo nada. La sed me había consumido la carne. Y mi nombre, sobre el aserrín prensado de la mesa, comenzó a creer que el mundo sí podría tener un borde. Recuerdo que antes de que la idea de Dios me fuera, por completo, donada, y desconociendo cualquier principio de navegación, me entregué a la marea sin esperar nada de vuelta. Solo en ese momento he sido enteramente cristiano.

No me di cuenta de que los mares habían cambiado de lugar, hasta que una mañana mi mesa golpeó algo enorme, y sentí otra vez la superficie. No distinguí bien de qué criatura era el cadáver, pero olía a carne quemada y unos pájaros que jamás había visto, le arrancaban trozos sin pudor alguno, como si esa vianda fuera el alimento de un esclavo que fue admitido por primera vez en el festín de los hombres. Hasta que mi presencia fue notoria detuvieron su rapiña, y se alejaron vertiendo sangre muy liviana del pico, como una lluvia que se secaba antes de tocar el suelo. Y entonces empecé a correr, y cuando ya no pude más, clavando las rodillas en la tierra, me quedé mudo bajo el cielo de un color que tampoco había visto antes. Pasaron unos treinta minutos. Luego se escuchó el sonido de unas personas detrás de unos pilares, y me dirigí hacia ellas. Me acuerdo de muchas bancas de iglesia alrededor, y de una

hoguera. Para mantener el fuego, lo atizaban con una especie de grava muy fina de la que tampoco supe el nombre. Después, todos nos sentamos, y cada uno empezó relatar lo primero que había visto o sentido al momento de saberse en tierra. Estas son algunas de las cosas que contaron:

Un pájaro se para frente a mi ventana y muere. El cristal se quiebra y yo me quedo con una pluma entre las manos.

Llueve en un claro en medio del bosque. Caen piedras en vez de agua. En la primavera las flores serán grises.

Un pez muerde el anzuelo. En seguida el pescador cae al agua convertido en tortuga. El río detiene su cauce. Una parte del mar se seca.

Una madre prepara los alimentos para su familia. Cuando todos se sientan, el marido pide que traiga la sal. La mujer se para. Toma un frasco de uno de los estantes. Lo pone sobre la mesa. Pregunta si falta otra cosa. Nadie responde. Toma su silla. Al sentarse, desaparece. La familia sigue masticando. Afuera cae nieve.

Un niño entierra unas semillas. Días más tarde, revisando los surcos, se da cuenta de que ha nacido un brote tan grande como la llama de un encendedor. Lo ciñe con piedras para cuidar que no consuma lo demás. Al verano siguiente, mientras miran por la ventana que da al jardín, ven a un hombre descalzo

y de rodillas dentro del círculo de piedras. Quizá él también se pregunte por la forma que tiene el fuego.

Camino por la calle y me detengo a limpiar mis lentes. Al ponerlos a contraluz me doy cuenta de que en realidad estoy limpiando dos monedas de plata. Un hombre pide limosna. Cuando paso al lado de él, pongo las dos monedas sobre el cartón. Sigo mi camino. Volteo para verlo una vez más, pero ahí donde estaba sentado, ahora hay una fuente sin agua.

Después de haber pasado unas horas en la playa, decide tomar un baño para quitarse la arena. Abre la llave. Ve cómo se acumulan los granos sobre el azulejo. Es tanta la arena que cae, que se tapa el drenaje. Se inunda el baño. Paulatinamente se inunda toda la casa. Esta tarde llueve en Atacama. Es tanta el agua que cae que se han lavado los cerros dejando visible el oro.

Cuando se iba la luz en la colonia siempre bajaba a casa de mi abuela. Nos sentábamos en el suelo y veíamos otras partes de la ciudad alumbrada. En época de lluvias se iba casi diario. Primero era quejarse del servicio, luego alguien hacía la llamada a la Comisión, después ella nos platicaba cómo era su vida en el pueblo antes de que murieran sus padres, y al final, cada quién desde su sitio, miraba la franja de hoteles que delimita a la playa del resto. Ahí siempre había luz y nunca les faltaba el agua. Nosotros vivíamos en una parte donde solo había caminos de tierra, y agarrábamos

agua de un pozo cuando nuestros contenedores se secaban. Vivíamos en una parte tan alta de la ciudad que se podía ver el mar casi por completo. De noche, lo único que hacía diferencia entre lo negro del cielo y lo negro del mar, era la diminuta luz de alguna embarcación que a lo lejos daba su brillo. Yo estaba seguro de que me volvería visible para los tripulantes de aquellas luces si prendía la lámpara de pilas que teníamos, y aluzaba hacia el mar desde la azotea.

Veo un faro,  
su luz es un manto breve,  
o un parpadeo de cíclope de ojo brillante.

Me recuesto sobre la arena, y siento entrar por  
mi espalda

un temblor de animal que espera morir.

Y ya no me preocupa el conteo de las olas,  
ni la orilla que retrocede y avanza según la  
respiración.

Y ya no me pregunto por los otros,  
ni por la despedida del invierno.

Ni siquiera pienso en la inmensa Atalaya  
por donde he de ser visto y juzgado.

Ni en la lengua de algún dios que pronunció por  
primera vez mi nombre.

Y no reconozco mi tacto, ni las veces que ha guardado  
pieles ajenas en la memoria de mis manos.

Duermo como un animal sin ojos,  
siento cómo se lavan mis pies,  
y el agua, en su retorno,  
algo de mi desprende.

Me fui de casa y mis padres envejecieron. En las vacaciones visito el amate que sembramos juntos, y si pongo atención, se escucha el agua que las piedras esconden al interior de su figura. Desde entonces cuando alguien ha dicho corazón de piedra, sé que dentro del odio siempre hay agua que no ha conocido el movimiento de su sombra. Desde la azotea se mira la orilla, y hay mañanas en que el brillo es generoso y nos deja ver la sal contenida en el agua.

Cuando hablamos por teléfono  
hay urgencia en su voz por enseñarme los cantos  
que ha recogido del suelo,  
pero siempre con cuidado de no heredarme la  
angustia.

Pero siempre con cuidado de no heredarme la  
angustia.

Hola mijo, ¿cómo estás?  
Hace mucho frío, ¡abrigate!  
Me estoy alistando para ir al trabajo.  
Recuerda siempre voltear a ver hacia atrás  
cuando caminas.  
Mijo, ¿ya desayunaste?  
No se ha metido el agua a la casa.  
Ma, aquí los días se acaban rápido.  
El sol estaba legañoso ayer pero hoy está amable.  
Puedes decirme de qué color es el mar de mediodía.  
Adopté una gata, se llama Nani.  
Estoy pintando flores.  
Ahora solo quiero pintar y no dedicarme a otra cosa.  
¡Nos veremos pronto!



Aquí hay muchos ciervos,  
y unos pájaros que no sé cómo se llaman,  
pero que tienen el pechito rojo.  
Cardenales, serán.  
No lo sé, no quiero saberlo.  
Me gusta no saber su nombre.  
¿Sabes por qué tienen el pechito rojo, ma?  
Cuando llega el otoño, se la pasan jugando  
entre las hojas que se han caído.  
Juegan tanto con las hojas de robles y abedules  
hasta que el color se les adhiere al plumaje.  
Si mezclas todas las tardes del otoño  
da el mismo color que el pechito rojo.  
Esos pechito rojo inventaron la nieve, Ma.  
Nomás que se descongelen los lagos y te visito.  
Ya me subiré al auto, mijo. ¡Hablamos pronto!  
Ma, gracias por darme la lengua con la que te  
escribo.

No es culpa tuya que la incertidumbre también  
hable tu lengua.

De niño  
los muros cuarteados dibujan mapas  
y los árboles son manos al cielo.  
Dejas que la tierra te maquille  
y que el sol cobije tu espalda.

De niño  
no conoces lo profundo de la noche,  
ni la sangre amarga y negra.  
Del tiempo no esperas nada,  
ni tomas de la mano a la codicia.

De niño

caer siempre es parte del juego.

Vamos por el I-96, es víspera de Navidad. Mi hermana ha decidido ir por la carne y el recaudo de la cena al Mexican Town. No hay tanto tráfico y comienza a caer una nieve tan lenta que en realidad pareciera que nunca termina por caer. Los carros se dirigen, jamás se sabe adónde, pero van, y nosotros vamos con ellos, y en su constante movimiento alborotan lo blanco. A veces la nieve oscila como una hoja que en su descenso quiere encontrar su forma y, cuando la descubre, se detiene a compartir el hallazgo con nosotros. Pero cuando pasa un tráiler o un camión de carga, serpentea hacia las orillas con apuro y miedo, como si le echaran petróleo al campo y se hubiera obligado a la ponzoña a salir de la maleza.

The ponds are frozen, the children play hockey,  
and I know everything is new because  
I do not have words to name it.

Los niños afilan las navajas.

Una espada protege el camino hacia el árbol.

¿Cómo se afila una espada de fuego?

Una espada o un espejo con fisuras.

Mi reflejo en la cara del cuchillo de cocina.

Cuchillo para cortar el pan

y una mesa dónde compartirlo.

Una mesa de *salix nigra* o de *quercus alba* o  
*quercus rubra*.

Imagina los maderos tan brillantes

que podrían salir del árbol de la vida.  
La espada de fuego sería la herramienta  
adecuada para cortarlo.

Construir con las tablas una mesa para todos  
nosotros.

Para sentarnos a comer como hermanos,  
aunque tengamos las venas drenadas,  
y no haya sangre para probar nuestro parentesco.

Ya nadie vive en la casa de mi abuelo.  
Mi tío usa uno de los cuartos como carpintería.  
Ese cuarto solo tiene una ventana, ventana que  
da al jardín,  
y deja ver el tronco de un sauce  
que ya no llora porque se ha secado.

Traza el bastidor en su libreta,  
y cuando ya sabe el número de largueros que va  
a necesitar,  
se va al campo y dura una semana hasta que  
encuentra el oro.  
Y es que cada quien entiende el brillo de manera  
diferente,  
para él, pueblos enteros han renunciado a sus hijos  
por un larguero de roble.

Se perfora la madera o se perfora el hielo.  
Una herida es un compromiso con la carne.  
Una línea parcial que solo anuncia el cambio de  
las estaciones.  
Una raíz que se traza sobre el hielo para dividir a  
las lenguas.  
Un túnel que se ha escarbado para comprobar

que todos los objetos pueden ser oscuros y vacíos.  
Lo sabemos, las lenguas son islas,  
por eso inventamos la navegación  
y le pusimos nombre a los mares.  
Se perfora la madera o se perfora el hielo.

Una persona camina y yo la veo desde mi ventana.  
No sé hacía dónde se dirige, no sé su nombre, no  
sé nada de ella, además de que camina y viste un  
abrigo largo. Entonces, ¿cómo podría comprobarte  
que esa persona realmente caminaba en la acera,  
y que yo la veía? Desde que la vi solo han pasado  
unos minutos, si salgo corriendo a la calle podría  
alcanzarla, y después, asumiendo que justifiqué  
adecuadamente mi urgencia por tomarle una foto,  
podría adjuntar la imagen junto a estas palabras  
como testimonio de lo sucedido. Pero pienso que  
aun así sería insuficiente para que me creyeras.  
Podrías decirme que la foto es de una persona  
indistinta a las necesidades de este texto, y que  
solo coincidió con que usaba un abrigo largo, o  
con que yo estuviera escribiendo sobre alguien  
que usaba un abrigo largo, o con esas partes de  
la ficción que ni siquiera una cámara determina.  
Sin embargo, a pesar de esto, ahora tenemos la  
imagen de alguien que va hacía alguna parte, con  
una cantidad cualquiera de tristezas y deseos, y que  
nunca vamos a conocer. Quizá esto sea más que su-  
ficiente.

Un hombre camina.

Va a tomar el tren para regresar a casa.

Mientras pone sus manos dentro del abrigo

se acuerda del tacto de otras manos,  
y sus ojos buscan lo que está ausente.  
Buscan en lo vertical de las lámparas.  
Buscan en la necesidad de los árboles por  
alejarse del suelo.

Buscan en el desgaste de la pintura en los muros.  
Buscan en lo mojado de sus zapatos.  
Buscan en lo mojado de otros zapatos,  
y al ver el hielo sobre la banqueta  
también mirará un puñado de cristales sin brillo,  
pedazos de botellas viejas que recogió con su  
madre de la playa,  
y se acordará de un rostro,  
y sonreirá de la nada,  
porque así lo he decidido.

¿Su nombre? No nos interesa.  
Tú, ¿cómo te llamas?  
Escríbelo aquí abajo.

¿Adónde vas?  
Sonríe cuando camines por la calle.  
Alguien nos está escribiendo.  
¿Qué es lo que miras cuando buscas lo que está  
ausente?

Te veo leer, aunque no sepa tu nombre.  
Las palabras nunca son las cosas.  
Sonríe cuando camines por la calle.  
Alguien nos está escribiendo.

Las palabras nunca son las cosas.  
El mar parece copiarse en cada ola,  
pero no podemos decir que sea el mismo mar  
cada vez que pasa su lengua sobre sus labios,

sobre tus labios,  
como teniendo sed,  
como teniendo hambre.

Veamos, una sed nunca es la misma,  
porque el agua que se acabe tomando  
tampoco lo es.

¿Nunca has mirado cómo se descongela un río?  
A poco piensas que acercar tus manos a la orilla  
para recoger el agua y beberla,  
tiene algo que ver con el agua  
que te sirves del refrigerador a media noche.

Un deseo tampoco es el mismo según se vaya  
deseando.

Hay pérdida de brillo en los metales.

Se deterioran los cuerpos.

Se olvidan los nombres de lo que se ama,

y son remplazados por notas escondidas en libros  
que ya no se leerán,  
o aún más certeros,

porque ya no somos.

De todas formas, un nombre no sirve de nada.

Los nombres no son las cosas.

Una mujer lava en una poza, y su hija salta entre las  
piedras. También hay otros niños jugando, y cada  
vez que alguno de ellos alcanza una superficie, lo  
escuchó festejar un nombre como si reclamaran

una isla. Así toda la mañana, hasta que sus madres terminan de lavar lo suyo y lo ajeno. Así toda la mañana, hasta que el cauce le pertenece a cada uno porque lo han nombrado.

Los nombres no son las cosas.

Nombramos algo, un mar, por ejemplo, o una piedra. Una piedra dentro de ese mar. Pero en ninguna de las seis palabras anteriores se contiene la calma con la que el mar disuelve hasta formar orillas. Si en las palabras nada de eso se contiene, ¿qué nos queda?

Los nombres no son las cosas.

Un nombre es una moneda porque es un objeto vacío. Porque solo es en la mano de quien la da y de quien la recibe.

Las cosas son indiferentes a las órbitas de bronce  
o plata

que nos gusta pasear entre las manos.

Manos con olor metálico,  
como si alguien nos hubiera hecho un corte  
con una hoja oxidada.

Las cosas no se conmueven por los treinta siclos  
de Tiro

que vale una sogá.

Ni tampoco se perturban ante el óbolo debajo de  
la lengua

que se usa para dar un paseo por el río.

Y aun así las juntamos,

a veces con la paciencia que tienen las hormigas

para hacer una montaña.

O las perdemos,

casi siempre al lado de hombres tristes, en

lugares oscuros.

Y construimos edificios para guardarlas,

porque hay personas que esconden las monedas

de otros.

Y esos otros, casi siempre, quedan con las manos

extendidas.

Las cosas son indiferentes a nuestras monedas.

No les importa su brillo, o el rostro grabado

sobre su relieve.

Y, sin embargo, aun sabiendo esto,

jamás hemos aventado una moneda al río

sin esperar a que se cumpla su deseo.

An island is, before everything else, an interruption.

Then, you tell me whatever you want about the

color of the dirt.

¿Cómo explicar lo que es el fuego?

Puedo decirte que el fuego consume,

y piensas en el hambre, o en una mano

entregando una moneda,

pero, ¿el hambre y la mano de quién?

El fuego es una mano con hambre.

También puedo decirte que el fuego es luz,

y piensas en una lámpara de quirófano

que se pregunta qué es lo que anima el temblor

del corazón humano.

Y entonces piensas que el fuego es la luz que busca

reafirmarse en las cosas.

Pero si pongo un espejo frente a la llama,



¿cómo te explico que todo lo que afirmaba del fuego,  
y que lo hacía ser lo que es, también pasa ahí, en  
el cristal?

Camino alrededor de un lago,  
los árboles se extienden en él  
como una reja que algo ampara de nosotros.  
La luz se detiene en cada uno,  
y a veces cierro mis ojos por un momento,  
serán tres o cuatro pasos,  
y la forma en que el brillo se suspende y luego  
regresa,  
muestra un atardecer detrás de mis párpados.  
(¿Nunca has puesto la luz contra tus dedos?  
Mira cómo expone la mugre de las uñas,  
mira cómo es el color de la carne dentro de la carne.  
Sé que ya has visto algo así,  
¿recuerdas aquel día que nos llevaron a Pie de la  
Cuesta?

Un iris naranja como a eso de las siete diecinueve,  
antes de que el mar se volviera vacío.  
Jugamos a ocultarnos debajo de las cobijas.  
Prendemos una linterna y obligamos a la luz  
a que nos explique la forma de nuestros dedos.  
Yo tengo nueve años y tu siete.  
¿Ya viste cómo la luz ya no puede atravesar el  
hueso?

Y nos pusimos a buscar más partes de piel delgada,  
y a veces las encontramos, y luego la luz se quedó  
no sabemos dónde,  
y luego nos dormimos).  
Sí, un atardecer detrás de los párpados.  
Azul, naranja y amarillo.

Morado, azul y rojo.  
Blanco, naranja y azul.

Lleno mi bote en un bebedero, me siento en una  
banca

a comer la fruta que cargo en mi mochila,  
y todo es como debe ser.

Es mediodía.

Las aves se reúnen en una placa de hielo a hacer  
cosas de aves.

La gente se reúne en el parque para hacer cosas  
de gente.

Todo tiene sentido, menos el lenguaje que uso  
para enunciarlo.

El mundo ya estaba completo.

No necesitaba de nuestro lenguaje.

Ahora camino, veo mi sombra,  
y dejo mis huellas en algunas partes de la acera.

La sombra es lo que la luz no alcanza a entender  
de nosotros.

Es mediodía.

Es la mitad de algo.

De la luz o de esta isla,  
o de este parque.

Es la mitad de un círculo,  
la mitad de la cruz,  
la mitad del bautizo,  
la mitad de la culpa,  
la otra mitad de la culpa que se esconde en la mano  
detrás de la espalda,  
la mitad de la palabra que nombramos pero que  
nada significa,  
la otra mitad de esa palabra que solo sirve como batea

para recoger agua del arroyo,  
la mitad de la vida que recordamos,  
la otra mitad que nadie sabe qué es,  
la mitad de la muerte,  
la mitad de este cuerpo,  
la mitad de aquel otro cuerpo que no conozco,  
la mitad de la carne que se le aventó a los perros,  
la mitad de la plata de Judas,  
la mitad del pecado,  
la mitad de la imagen,  
la mitad de la semejanza,  
la mitad de Dios,  
la mitad del Rosario,  
la mitad de la casa de mi abuela un doce de  
diciembre,  
la mitad del perdón,  
la mitad del que no perdona,  
la mitad de la mentira,  
la mitad de quien se cree la mentira,  
la mitad de un parto,  
la mitad de los veintisiete años de mi madre,  
la mitad de los treinta y dos años de mi padre,  
la mitad de julio,  
la mitad de la lluvia,  
la mitad de una azotea,  
la mitad de la sequía,  
la mitad de la cubeta con la que acarreábamos  
agua del pozo,  
la mitad de los setenta y siete escalones para  
llegar a la casa,  
la mitad de la calle que nunca fue pavimentada,  
la mitad de la basura que los vecinos queman en  
la esquina,

la mitad de ese humo,  
la mitad del jardín y del almendro,  
la mitad del barranco,  
la mitad de los balones que perdimos en ese barranco,  
la mitad de las piedras sobre la tumba de mi abuelo,  
la mitad de la bala que le atravesó a mi tío la cabeza,  
la mitad de quienes no creyeron que fue suicidio,  
la mitad de quienes desean venganza,  
la mitad del cuerpo de tu hijo,  
la mitad de la madrugada,  
la mitad de ese bosque,  
la mitad de catorce cuerpos tirados en la carretera,  
la otra mitad de la muerte,  
la mitad de tu ahijada,  
la mitad de este día de febrero,  
la mitad de la tormenta de nieve que cae sobre la  
ciudad,  
la mitad del vidrio por donde veo la tormenta,  
la mitad de quien escribe esto,  
la mitad de quien lo lee,  
la mitad de ese otro día donde empecé a escribir  
esto  
en una banca del Jacqueline Kennedy Onassis  
Reservoir,  
la mitad de esa banca,  
la mitad de esta espera,  
la mitad del hielo,  
la mitad del Detroit River congelado,  
la mitad de la sal esparcida sobre las banquetas,  
la mitad del invierno,  
la otra mitad del invierno que es cristal siempre  
fracturado,  
la mitad de una despedida,

la mitad de quien se queda,  
la mitad de lo que ya no vuelve,  
la mitad de quien me ha olvidado,  
la mitad de quien he olvidado,  
la mitad de mi sobrino,  
la mitad de mi hermana,  
la mitad de la mesa donde compartimos la  
comida cuando se acaba el día,  
la mitad de la casa donde ella me ha recibido,  
la mitad del abrazo que nos dimos para ya no vernos,  
la mitad del estuario,  
la mitad de las piedras que cargo en mi bolsa,  
la mitad de la Ciudad de México,  
la mitad de la gente que en este momento mira  
por la ventana,  
la mitad de las personas que se han tirado por  
una ventana,  
la mitad de los que han sobrevivido a la caída,  
la mitad de una caída,  
la mitad de la angustia,  
la mitad de lo que conoces,  
la mitad de lo que nunca vas a conocer,  
la mitad del exilio,  
la mitad de lo que es tuyo,  
la mitad de lo que nunca te pertenece,  
la mitad del asco de estar vivo,  
la mitad de existir sin pensar que existes,  
la otra mitad del asco de recordar que existes,  
la mitad del vómito,  
la mitad del olor a vómito en el patio de una fiesta,  
la mitad de quienes se esconden en los baños a  
hacer lo que sea,  
la mitad de personas que nunca volverás a ver,

la mitad de saberse percedero  
una mañana de domingo a las siete diecinueve,  
la mitad de la comida caduca de tu refrigerador,  
la mitad de las cosas que no sabes que no necesitas,  
la mitad de lo que no eres, pero deseas,  
la mitad de los otros que te miran,  
la mitad de los otros que tú miras,  
la mitad de personas que se dirigen  
a tomar el ferry hacia Staten Island,  
la mitad de personas que se dirigen  
a tomar el metro en Isabel la Católica,  
la mitad de la quietud de estar solo en medio del  
campo,  
la mitad de una hoguera,  
la mitad de la ceniza,  
la mitad de un cigarro mal apagado,  
la mitad del cáncer de pulmón,  
la otra mitad de un pájaro adentro de un pecho,  
la mitad de un pulmón,  
la mitad del aire,  
la mitad del desperdicio en aquellos botes de basura,  
la mitad de una manzana,  
la mitad de mis dientes,  
la mitad del silencio,  
la mitad de una pared que se ha caído,  
la mitad del oro,  
la mitad de una moneda,  
la mitad de la pobreza en los pies descalzos de  
un niño,  
la otra mitad de la pobreza en las manos llagadas  
de su madre,  
la mitad del arroyo,  
la mitad de la vergüenza de un hombre

que se ha orinado en público,  
la mitad de un problema renal,  
la mitad de la sangre,  
la mitad de un cuchillo,  
la mitad de una piedra,  
la mitad de una herida,  
la mitad de tu odio,  
la otra mitad de la sangre resbalando por tus  
piernas  
una noche a la mitad de septiembre,  
la mitad del rencor,  
la mitad de su rostro,  
la otra mitad que nunca besaste,  
la mitad de mis años,  
la mitad de la pierna fracturada de mi abuela,  
la mitad de sus pasos,  
la mitad del frío,  
la mitad de la nieve removida de la entrada una  
tarde de febrero,  
la mitad de la luz reflejándose en mi vaso,  
la mitad de la labor infértil,  
la mitad de la labor donde Jesús y su padre sem-  
braban maíz cada año,  
la mitad de las cosas que he olvidado,  
la otra mitad de esta banca,  
la mitad de mis deseos,  
la otra mitad de esa espera.  
Dime qué cosas no pierden su figura cuando se  
dividen.  
Son las dos de la tarde,  
y todo parece en su lugar,  
simple y luminoso,  
hasta que trato de nombrarlo.

Espero algo, lo que sea.  
Llueve, pero no lo suficiente para levantarme de  
esta banca.  
Llueve en el East River, pero no lo suficiente  
para que las islas dejen de ser islas.  
No me gusta decir tiempo, prefiero decir...  
No estaba seguro si eras tú.  
No sabía si acercarme.  
No has cambiado nada.  
Llueve, los carros cruzan el Manhattan Bridge,  
pero no cae suficiente agua  
como para que las personas dejen de ir,  
lleguen,  
se saluden  
y digan...  
Tú tampoco.  
¿Y tus padres?  
Lo siento mucho.  
¿Y las plantas?  
Ya se han secado.  
Llueve, espero algo, lo que sea.  
No importa que los mares cambien de lugar,  
o que la placa de hielo donde estoy parado sea  
dividida.  
Llueve, espero algo, lo que sea.  
Que el East River deje de ir hacia donde siempre  
van los ríos,  
o que se me olvide un nombre  
y aprenda otro.  
Así de fácil, con la misma libertad que tiene una gota  
de volverse círculo al tocar el agua.  
¿Cuándo fue, hace tres años, dos?  
Nunca nos despedimos.



Espero algo, lo que sea.

Que se deteriore un cuerpo, o que se conciba  
otro.

(la tarde de un jueves en una habitación  
con el número de tu cumpleaños)

Espero algo, lo que sea.

Que cambien las estaciones,  
o que se pudra la madera de la banca en donde  
estoy sentado.

Espero algo, lo que sea.

No tienes que decir nada.

Sabes, la buganvilia que sembramos en el patio  
fue la última en secarse.

La mía es la siguiente estación.

El Hudson River estaba a punto de contenerse  
cuando los niños buscaban a sus madres entre  
las olas.

He llegado al borde, al filo de una azotea,  
al límite de mi mano árida por el frío,  
a la orilla de un espejo,  
al margen de mi memoria,  
que se repite  
y se repite,  
y se repite,  
porque algo que está solo,  
ahí,

en el vacío,

no tiene de otra más que afirmarse neciamente,  
hasta ser más de lo que la propia forma le permite.

Perder la forma.  
Sí,  
como la noche.

Muerdo una manzana y mis dientes afirman su  
propósito de ser,  
en tanto que la manzana afirma el suyo.

¿Será?

¿Cuál es el propósito de las frutas? ¿Cuál es el  
nuestro?

Rendirnos ante el animal que vive debajo del río.  
Dejar que nos devore para que sus dientes  
afirmen su propósito.

Desaparecer es afirmarse a uno mismo,  
es oponerse al espacio,  
es el desprecio a la figura.

¿Será? Yo no lo sé.

Como una manzana, o un durazno, la fruta que sea.  
No importa.

Su nombre es irrelevante para hablar de aquello  
que habita debajo del agua y muerde.

No te metas al agua después de comer, es peligroso.

¿Y si solo me comí una naranja?

Nunca abrir los ojos debajo del agua en las albercas.  
El cloro los lastima.

Dejé un vaso con agua en medio del patio.  
Cristal en el cristal.

¿Quién tiene paciencia para ver un río  
descongelarse?

No tengo idea de cuánto tiempo pasé mirando el río.

Si un río está seco el puente deja de tener utilidad.  
La luz sigue repitiéndose en la superficie de mi vaso.  
Me gusta dejar mis huellas sobre la nieve.

A veces piso las huellas de alguien más,  
tratando de que mi zapato corresponda a cada  
hendidura,  
respetando el ritmo que hay en la distancia entre  
una y otra.

Siendo paciente si el otro lo fue.

Siendo errático si el otro así lo fue.

Como juego es algo entretenido por unos minutos,  
pero he llegado a una conclusión:

no se puede asumir el paso de alguien sin alterarlo.

Ni siquiera cuando uno va y viene recorre la  
misma hendidura.

A veces vengo aquí a mirar a los gansos  
que reposan sobre una placa de hielo.

Esta mañana es la última de todas  
antes de que el río reclame lo que es suyo,  
antes de que vaya a donde siempre va,  
y que sea lo que siempre ha sido.

Sé que me gusta ver mis huellas en la nieve,  
porque siempre que las veo,

miro el rastro de algo que conozco pero que ya  
no está en mí.

Podríamos decir que todo esto se trata de una  
pérdida constante.

Pero no es algo malo del todo.

Solo es.

Una mano tomando otra. Una llamada una tarde  
de domingo.

La sonrisa de tu madre y la sonrisa de mi madre.

El dolor de algo que se ha enterrado.  
Las piedras que le hemos puesto encima.  
El sudor. La sangre en una sábana.  
Un hueso adolorido por el frío.  
Los años de mi abuela.  
Mis años.  
El color de un retrato al que le da el sol.  
El sol que se repite en medio de Santa Lucía  
mientras vamos a Puerto Marqués.  
Las monedas que mi padre alcanzaba.  
Sus pies descalzos.  
El pozo sin agua.  
Un río seco.  
Una bala.  
Otra bala enterrada en la madera.  
El llanto.  
Una mancha en un espejo.  
Levantarse todos los días para ir a trabajar.  
Lavarse los dientes.  
Criar a tres hijos.  
Criar a uno solo que no habla tu lengua.  
Ver cómo pasa el invierno.  
Aventar piedras a un río inmóvil.  
Pararse en medio del lago.  
Saber que mañana regresas,  
pero no saber exactamente adónde.  
Ver un cuadro.  
Pensar en Rothko pintando lo que pasa en medio  
de dos objetos.  
Pensar en Hopper pintando el cielo más horizontal  
que haya visto en mi vida.  
Aspirar a ese cielo.  
Terminar una palabra y empezar otra.

Sentirte vacío.  
Sentirte vacío como un vaso donde la luz se repite.  
Mirar a la gente que pasa por tu ventana.  
Pensar en un pájaro en el pecho.  
Sentir el frío del pueblo donde nació tu madre.  
Aprender otra lengua.  
Quitar la nieve a la misma hora.  
Ver un puente a lo lejos.  
Cruzar ese puente.  
Escribir en una banca mirando el East River.  
Escribir sobre la gente que pasa por tu ventana.  
Regresar tanto hasta desaparecer.

Ha comenzado a nevar.  
Quizá vaya y caminé sobre aquel puente.  
¿Qué es un puente?  
Los árboles no tiene hojas.  
Un pájaro en el pecho.  
¿Qué es un puente?  
El río está congelado.  
Hay pérdida de voluntad.  
Siempre que veo agua congelada me dan ganas de  
aventarle piedras.  
¿Quién tiene la paciencia para ver cómo se  
derrite un lago?  
Es invierno. Es mediodía a mitad de un puente,  
a mitad de un río inmóvil.  
Es invierno y hay pérdida de voluntad en las cosas.  
Es invierno y tengo veintiséis años.  
Es invierno y los pájaros se esconden.  
Un pájaro en el pecho.  
Una bala detenida.  
Es invierno y hay que echarle sal a las banquetas.

La nieve es blanca como la sal.  
Es invierno,  
y estás sentado en el comedor de la casa  
viendo cómo se ha juntado nieve en el patio.  
El sol hace brillar algunos puntos de la nieve.  
Sé que ya has visto esa imagen antes.  
Caminas con tus padres,  
y al voltear, tus huellas han desaparecido.  
Esto no es alegoría de nada.  
Es invierno  
y estas son las últimas líneas que voy a escribir.  
Es invierno  
y el río está inmóvil.  
Es invierno  
y la nieve es un horizonte tras otro.  
Es invierno  
y la siguiente línea es lo único que importa.

---

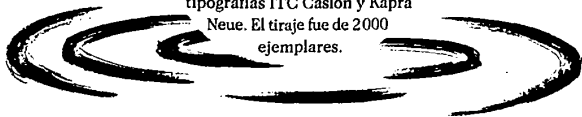
Esto no es alegoría de nada.

Esto no es.



**LA  
PÉRDIDA DE  
VOLUNTAD EN EL  
AGUA, DE ALAN VALDEZ,**

se terminó de imprimir y  
encuadernar en noviembre  
de 2021 en Impresora y  
Encuadernadora Progreso, S. A.  
de C. V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo,  
244; 09830 Ciudad de México. Para  
su composición se utilizaron las  
tipografías ITC Caslon y Kapra  
Neue. El tiraje fue de 2000  
ejemplares.



“UN SILENCIO INTERRUMPE OTRO SILENCIO.  
LA VOLUNTAD ES UN RÍO TRAZANDO SU  
CAUCE. LA MEMORIA ES AGUA DETENIDA.”

Desde Heráclito el río es la metáfora por excelencia del cambio, por ello un río congelado es la imagen de la contención del paso de los días.

En *La pérdida de voluntad en el agua*, libro ganador del Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2020, Alan Valdez ensaya discursivamente los vehículos en que la memoria se enuncia. Y el agua, convertida en la nieve que quita una pala o en la lluvia que invade el hogar, filtra recuerdos y condensa escenas emotivas.

Dotado de una sorprendente habilidad narrativa, en su primer libro Valdez construye un artefacto por el que transita una poesía movidiza que explora todas las posibilidades de su materia.

## ALAN VALDEZ

(Chihuahua, 1992) estudió letras españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Fue beneficiario de la beca Jóvenes Creadores del Fonca (2020-2021). Su obra ha sido publicada en revistas como *Punto en Línea*, *Punto de partida* y *Río Grande Review*.



- [www.tierraadentro.cultura.gob.mx](http://www.tierraadentro.cultura.gob.mx)
- @ProgramaCulturalTierraAdentro
- @TierraAdentro

